



RUMBOS

LUIS A. DE LA VEGA

R U M B O S

30.564

RUMBOS

TEXTO DE LECTURA
PARA CUARTO GRADO

*W.R.
B.N. de G.*

POR

LUIS A. DE LA VEGA



SEGUNDA EDICIÓN

APROBADO POR EL CONSEJO
NACIONAL DE EDUCACIÓN

PUBLICADO POR LA
EDITORIAL INDEPENDENCIA
CORPORACIÓN ARGENTINA DE PUBLICACIONES DIDÁCTICAS
BELGRANO 525
BUENOS AIRES
1936



349X203

407.08

QUEDA HECHO EL
DEPOSITO QUE DETER-
MINA LA LEY 9510.

PROLOGO

Al componer este libro he seguido las normas que inspiran la labor de la Editorial Independencia, que lo publicará, normas que la citada empresa ha sintetizado, con singular acierto, en dos lemas: espiritualizar la enseñanza; argentinizar su contenido.

Los maestros advertirán, sin gran esfuerzo, cuales son las lecturas que responden a una u otra finalidad.

Respecto a la primera — espiritualizar la enseñanza — creo conveniente advertir que el objeto perseguido no surge inmediatamente del texto. El propósito está presentado a manera de sugestión, a fin de que el lector lo descubra por su esfuerzo y lo encauce dentro de su propio plano mental.

Así, en la lectura titulada "Cómo decayó el prestigio del jaguar", primera de una serie encaminada a poner de relieve el valor de la inteligencia humana, esto se insinúa recién al final, y se complementa con las lecturas siguientes.

Intercalados con los trozos que forman el cuerpo del texto, van algunos cuentos de carácter moral, para hacerlo más ameno y, al mismo tiempo, para despertar el interés de los niños por tal género de literatura.

LUIS A. DE LA VEGA.

AMIGO LECTOR...



Primera etapa de la vida. La madre vela por su hijito que descansa en la cuna.

Amigo lector: vuelve con la imaginación al tiempo no lejano, en que descansabas en una cuna y dime: ¿Qué eras entonces? ¿Qué podías?

Nada, absolutamente nada ¿verdad?

Tu madre, solícita, se inclinaba sobre esa cuna y velaba por ti, amparándote con su ternura, dejando caer sobre tu desvalida persona todo el amor que sólo las madres saben tener.



Segunda etapa. La escuela prepara al niño para que, cuando grande, pueda bastarse a sí mismo.

¿Y tu padre? Apenas despuntaba el sol, ya estaba de pie. Iba por el pan de cada día, con el pensamiento puesto en aquella cuna donde tú descansabas, ser débil e indefenso.

Has crecido y dentro de algunos años serás un hombre, pero hoy ¿qué eres?, ¿qué puedes?

Como entonces, nada.

Tus padres siguen velando por ti, trabajando por ti, y la escuela une su esfuerzo al de ellos para formarte, para hacer de ti un hombre útil, un hombre que pueda bastarse mañana a sí mismo.

¿Qué debes a aquellos que se han sacrificado por tu bienestar?

Pregúntalo a tu conciencia. Ella te dará la respuesta y te dirá que hoy sólo dispones de una única moneda para pagar esas deudas: el cariño.

Gástala sin temor. Por mucho que des, siempre habrás dado poco, tan grandes son los beneficios que recibiste y estás recibiendo.

Prodiga ese cariño a manos llenas, sin olvidar a esa otra madre de todos nosotros: nuestra patria.

Los beneficios que recibes de ésta no los verás, tal vez, con la claridad con que puedes ver aquellos otros, y, sin embargo, no son menores.

Mira a tu alrededor. ¿Qué ves? ¿Qué desfila ante tus ojos? Un mundo hecho: Ciudades, pueblos, casas, calles, caminos... todo. Y tú, que nada hiciste, que nada puedes hacer, disfrutas largamente de esos bienes que son inmensos.

Tu patria habla por boca de esas obras y te dice: aprovéchalas; vive tu vida de niño; corre, salta, juega; pero



Tercera etapa. El niño ha constituido su propio hogar, que alegran el trabajo y el afecto.

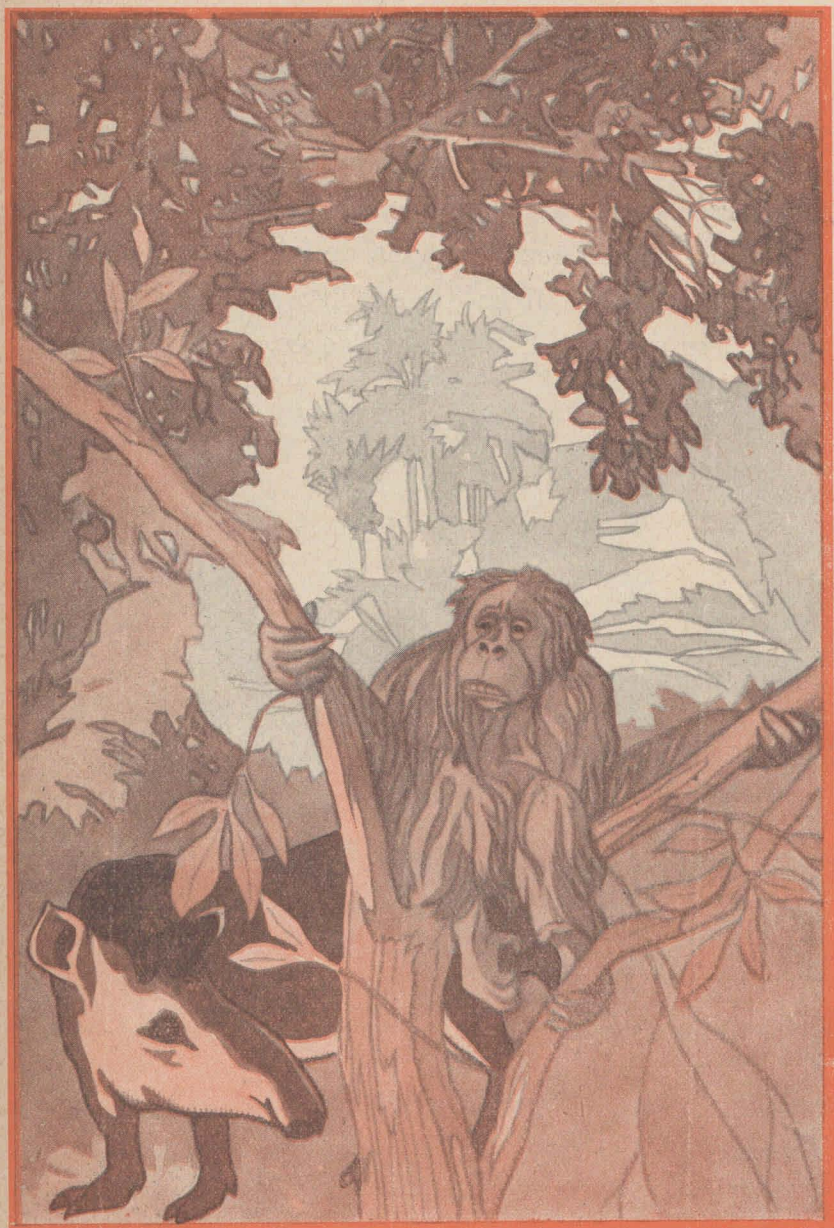
no olvides que tienes una deuda con aquellos que trabajaron para dejártelas, haciendo así más grata y más placentera tu vida. Cuando llegue el momento, deberás tra-

bajar para los que vendrán después. Así habrás pagado. Es la ley.

Por ahora estudia; aprovecha el tiempo y dedica a tus tareas escolares la atención que reclaman.

Sólo así podrás gozar mañana de la satisfacción de ser un hombre digno. Digno del apellido que llevas y digno de ésta, tu patria, a la que tanto debes.





Los ojos del cuadrumano expresan la perplejidad en que lo ha dejado la pregunta del tapir.

COMO DECAYÓ EL PRESTIGIO DEL JAGUAR

I

Hace de esto muchos miles de años.

La selva tropical bullía de vida. Las plantas, ávidas de luz y calor, tendían sus hojas al sol; miles de insectos corrían de aquí para allá entre la maleza o volaban presurosos de flor en flor.

Los animales, saciadas la sed y el hambre, platicaban en buena armonía, aun aquellos que, de no haber ya comido, se habrían devorado.

En ese momento hablaba el tapir. Con su corta trompa hacia lo alto, interrogaba al corpulento mono que estaba sentado en la rama más baja de un frondoso árbol.

— ¿Conoces a esos animales de dos patas que han aparecido en la selva?

— Algo sé de ellos, pero por referencias — contestó el cuadrumano — Mi abuelo contaba, avergonzado, que son de nuestra familia. Son monos degenerados. Tienen el



cuerpo desprovisto de pelos y trepan muy torpemente a los árboles.

—Yo los conozco — intervino muy ufano el gorrión — pues al llegar construyeron su casita muy cerca de la mía. Son marido y mujer y tienen un hijito.

—Lo he visto — cantó dulcemente el zorzal — Es precioso.

—¿Precioso? — interrumpió la cierva — ¡Bah! Nació hace más de una semana y no sabe caminar aún. Sus padres deben llevarlo en brazos.

—¿No tiene esa madre un saco donde ponerlo? — interrogó el canguro.

—En vez de estar criticando, debiéramos aconsejar a esa madre — terció el picaflor — Yo le diré que alimente a su hijito con el néctar de las flores.

—Con insectos y nada más que insectos — dijo la golondrina — Es el mejor alimento.

—Déjense de tanto alborotar — gritó con su ronca voz el guacamayo — Lo que debe comer esa criatura es fruta.

—¿Se ha encontrado usted alguna vez con ellos? — preguntó el tapir a su más feroz enemigo.

—Los he visto, pero de lejos — contestó desdeñosamente el jaguar.

En eso se oyó la voz estridente de la urraca que desde lo alto de un gigantesco cedro, empezó a chillar: —Allá vienen... allá vienen... del lado de la laguna...

COMO DECAYÓ EL PRESTIGIO DEL JAGUAR

(Continuación)

II

La pareja de bípedos avanzaba por un claro de la selva. Caminaba confiadamente, ignorante de que allá, en el lindé, ocultos por la maleza, cien ojos espiaban el menor de sus movimientos.

—Con solo ver a esos extraños animales se me ponen las plumas de punta —graznó el pato silvestre — ¿por qué no vas y te comes uno?

El jaguar, a quien iba dirigida la pregunta, levantóse con estudiada pausa, desperezóse lentamente, abrió repetidas veces las húmedas fauces y luego, encaminándose al encuentro de los curiosos huéspedes, dijo: — Te haré el gusto, amigo pato. Voy a probar la carne de esos débiles animaluchos.

Cuando la pareja lo vió, emergiendo entre los altos yuyos, estaba a sólo diez pasos de distancia.

Se detuvieron en seco, firme él, algo temblorosa ella, que oprimió a su hijito contra el pecho, en un gesto de protección.



Cuando la pareja lo vió, estaba sólo a diez pasos de distancia.

Los ojos del jaguar buscaron los de aquel extraño bípedo de piel blanca, y se clavaron en ellos. La fiera conocía el poder fascinador de su mirada.

Los otros ojos, los de aquel animalucho débil, como había dicho el jaguar, respondieron al reto con insospechada firmeza.

A poco, el jaguar agitó la cola, miró a derecha e izquierda, como indeciso, y luego volvió sobre sus pasos, muy lentamente, hasta perderse en la espesura.

Los otros animales, que espiaban desde sus escondrijos, quedaron suspensos, atónitos. ¡Cómo! ¡El jaguar, señor de la selva, retrocedía ante aquellos animales indefensos!

—Cuá... cuá... —graznó nuevamente el pato — No sin razón me sentí alarmado con sólo verlos. ¿Qué poder, qué fuerza tendrán?

—Pregúntale a los pájaros y a las ranas porqué me temen —silbó la víbora de cascabel — Ellos te explicarán lo que puede a veces una mirada.

A todo esto el jaguar estaba de vuelta.

—Ahora no tengo hambre —dijo — y sin hambre no mato. Además, ¿porqué habría de quitarles la vida? Son dos seres muy interesantes. Hay en su mirada algo que no puedo comprender. Aquellos son ojos en cuyo fondo se descubre una energía desconcertante. Algo así como una

inteligencia mil veces superior a las de todos ustedes juntos. Cuando el padre tenía clavados sus ojos en los míos, vi en ellos una luz extraña...

Desde ese día, por milagro de aquella luz extraña, empezó a decaer el prestigio del jaguar, hasta entonces rey de la selva.

Había llegado el hombre.





El dibujante ha penetrado con su mirada a través del suelo para mostrar cómo es el interior de un hormiguero.

Y SIN EMBARGO...

Observad las costumbres de cualquier animal y leed, después, algo de lo mucho que se ha escrito sobre ellos, aún en los tiempos más lejanos.

Veréis que las hormigas de todas las épocas han construído sus viviendas de la misma manera; que los pájaros han hecho el mismo nido; que la abeja ha fabricado la misma colmena; que las arañas tejen la misma tela; que la comadreja cava su madriguera, tal como lo hicieron las comadrejas que existieron cientos y cientos de años atrás.

Llegaréis así a comprobar que los animales de la misma especie viven tal como vivieron sus antepasados más remotos.

Observad después al hombre a través de la historia. Comparad sus costumbres, sus medios de vida, sus ciudades y pueblos. Notareis grandes diferencias.

El hombre perfecciona constantemente lo que la naturaleza puso a su alcance. En una palabra: el hombre progresa.

Comparado con otros seres de la creación, el hombre parece débil, inferior. No puede luchar con el tigre ni con el león ni con el elefante, pues perecería. En la carrera lo aventajan el gamo, el ciervo y tantos otros; sus manos son torpes para hacer una cueva, si se las compara con los potentes garfios de la mulita; su vista no iguala a la del lince; su olfato es escaso parangonado con el del perro de caza, y su oído dista mucho de ser tan agudo como el de cualquiera de los animales que viven en la selva. Y sin embargo...



LA LUZ EXTRAÑA



El puño del hombre era débil. Se hizo fuerte cuando empuñó el primer garrote, y luego, cuando fabricó el hacha, el martillo y el martinete. Esos instrumentos nacieron como consecuencia de aquella debilidad de sus puños.

Sus dedos aprietan, pero no gran cosa. El hombre inventó entonces las tenazas, las pinzas, las prensas.



Sus piernas dejaron un día de pisar el suelo y aprisionaron al caballo y al camello, domesticados. Así pudo recorrer largas distancias con rapidez y sin fatiga. Más tarde fabricó el carro, el coche, los barcos a vela y a vapor, el ferrocarril, el automóvil.

Cuando quiso ver algo muy distante, inventó el antejo de larga vista y luego, el telescopio, con ayuda del cual escudriña los misterios de la bóveda celeste.

En cuanto a oír, ahí están el telégrafo, el teléfono, la

radiotelegrafía y la radiotelefonía. ¿Que los pájaros son señores del aire? El hombre los ha superado con el aeroplano, el hidroavión y el dirigible.

¿Que los peces son dueños de los secretos del mar? El hombre fabricó escafandras para sus buzos; campanas, submarinos.



Aprisionó los sonidos en discos y los reproduce con el fonógrafo; inventó el microscopio, para observar lo muy pequeño; descubrió la electricidad para reemplazar la luz del sol y llevar



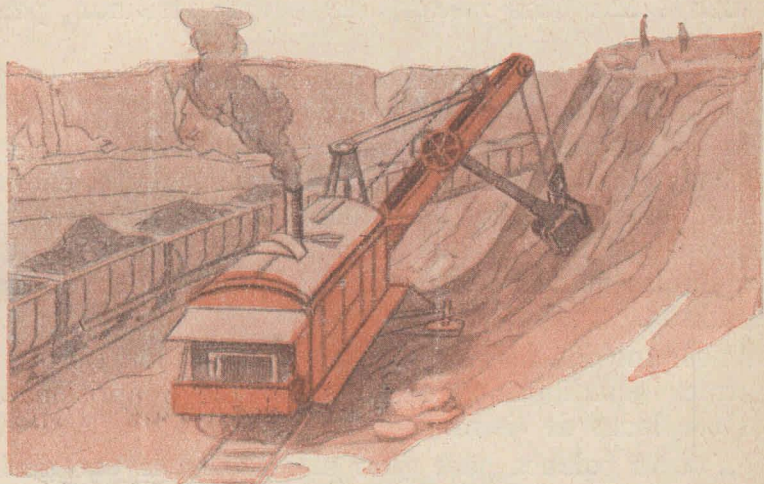
energía, por medio de simples alambres de cobre, allí donde hacía falta.

Y modificó el curso de los ríos; aprisionó sus aguas en diques y represas; perforó las montañas; abrió canales de cientos de kilómetros de largo para unir los mares o para llevar agua donde no la había; transformó un pantano en hermoso lago; campos hasta ayer desiertos son hoy trigales inmensos; extrajo el hierro y el carbón de las entrañas de la tierra y pudo entonces fabricar máquinas maravillosas para centuplicar su fuerza y lograr así descanso y bienestar.

El jaguar de la fábula vió una luz extraña en los ojos de aquellos bípedos débiles e indefensos que aparecieron en la selva. Esa luz extraña va transformando el planeta en que vivimos.



FUERZA



La máquina cavadora, bajo el mandato de la inteligencia de un solo hombre realiza el trabajo de veinte.

Fuerza. He ahí lo que necesita el hombre.

Sin ella no podría dominar la naturaleza. Y el hombre necesita dominarla.

Para lograrlo ha inventado las máquinas.

Veamos cómo trabaja una de ellas, la cavadora, por ejemplo.

Esta máquina tiene un solo brazo, pero es un brazo de veinte metros de largo. Al extremo de ese brazo, en vez de mano, hay un azadón. El azadón tiene dedos; dedos con uñas de acero.

El maquinista mueve una de las seis palancas que están al alcance de su mano. Inmediatamente entra en acción el primer motor eléctrico.

El brazo aquel baja hasta tocar el suelo.

Se empuja otra palanca. El azadón clava sus uñas en la tierra. Las uñas rascan, desmenuzan, trituran, penetran hondo.

La tierra cae en terrones o pulverizada.

Le llega el turno a la tercera palanca.

El brazo sube. Cuando llega a cierta altura, se detiene.

El maquinista acciona la cuarta palanca y el enorme azadón baja. Baja con las fauces abiertas. Se diría una fiera que se lanza sobre su presa para devorarla. Las mandíbulas de acero caen sobre el montón de tierra desmenuzada.

Al ser movida la quinta palanca, el azadón cierra sus enormes mandíbulas y luego sube. Lleva aprisionadas dos toneladas de tierra.

La sexta palanca hace girar el brazo hacia uno de los costados, hasta dejarlo justamente sobre el vagón o camión que espera. Allí el azadón abre su enorme boca y ¡paf!, suelta su contenido.

Para realizar el trabajo que hace la cavadora en dos vueltas completas, se habrían necesitado cuarenta hombres.

A medida que cava, la máquina avanza. Parece un gigante que marcha devorando cuanto encuentra a su paso.

Ese gigante no sabe lo que es cansancio ni fatiga. Trabaja sin interrupción. Siempre está listo para reanudar la tarea.

Un solo hombre mueve aquellas seis palancas y hace trabajar al gigante de acero a su voluntad. Porque la voluntad es del hombre, no de la máquina.

La fuerza que mueve, que acciona, es dócil al mandato de la inteligencia. El hombre la domina.

PAISAJE

Una casita
sobre una alfombra
de blancas flores y verde grama,
donde recuestan su fresca sombra
los arrayanes y la retama.

Por entre arenas
y pedregales,
un arroyito que corre puro,
acariciando con sus cristales
la madreSelva que escala el muro.

Blancas ovejas
sobre las lomas,
tordos parleros por los sembrados
y en dulce arrullo blancas palomas
en los aleros de los tejados.

Junto a las puertas
y en las ventanas,
de roja hiedra fresca cortina,
y por los patios, cruzando ufanas,
en raudo vuelo las golondrinas.

VICENTE RIVA PALACIO



Ibotí, buena como un ángel, contempla extasiada aquella poderosa vegetación.

IBOTI

(Leyenda Guaraní)

En un sitio próximo a aquel en que hoy se levanta la ciudad de Corrientes, vivió hace mucho, mucho tiempo, una niña llamada Ibotí, nombre guaraní que quiere decir "flor".

Bella como la primavera, la estación de las flores y de la alegría, era buena como una esperanza.

Por su gracia, por su belleza y, sobre todo, por su bondad, queríanla cuantos la rodeaban. Apenas despuntaba el día, las aves cantoras entonaban sus más tiernas melodías para despertarla, y por la noche, llegada la hora del reposo, las ranas y los grillos cesaban en sus cantos para no turbar su sueño.

Ibotí vivía feliz en medio de tanto cariño, y parecía que nada habría de turbar su tranquilidad, hasta que un día...

¿De qué tierras lejanas llegó el sanguinario yaguareté?

Paseaba Ibotí por la orilla del hermoso río, cuando la temible fiera la vió. Ahí estaba lo que habría de mitigar su hambre.

La paloma torcaz fué la primera en adivinar la criminal intención del felino. Lanzó, entonces, su grito quejumbroso:



—Ibotí peligra. Corred ¡oh hermanos!, en su ayuda.

La pareja de chajás, atenta como siempre a cuanto ocurre a su alrededor, apenas oyó el llamado, remontó, rauda, el vuelo, y desde lo alto repitió, una y cien veces, el grito de alarma:

—Ibotí en peligro. Corred en su ayuda.

—Socorred a Ibotí — cantaron las calandrias.

—Pronto... pronto... id en ayuda de nuestra Ibotí — croaron las ranas — El yagüareté quiere comérsela.

El pedido de socorro atronaba el monte. Todos los animales clamaban por lo mismo: socorro para Ibotí. Pero ¿qué podían esos pobres seres contra el temible jaguar?

Entre tanto la fiera avanza. Camina con paso cauteloso, acercándose cada vez más a su ansiada presa.

De pronto se detiene. Su oído, siempre alerta, ha percibido unos leves silbidos. Son de la yarará, la víbora cuya mordedura es siempre mortal.

Ligeros ruidos entre los yuyos anuncian al felino la aproximación del venenoso reptil.

Quiere huir, alejarse del peligro, pero donde mira, ve cabezas de yararás que se yerguen amenazadoras, marchando a su encuentro.

El feroz yagüareté, a cuyo solo bramido tiemblan los animales de la selva, busca la salvación en un árbol. Arriba, en la copa, nada tendrá que temer. Ahí cerca hay, justamente, uno de alto tronco. Se aproxima y salta, intentando clavar sus agudas garras en la corteza. Pero el árbol, que había mirado con horror cómo avanzaba la bestia, dispuesta a devorar a Ibotí, la niña que en muchas ocasiones llevóle el agua que necesitaban sus raíces se-

dientas, con un poderoso esfuerzo de voluntad endureció su corteza.



Las uñas del jaguar no pudieron hincarse en ella y resbaló hasta el suelo. Y allí estaban las yaras esperando.

Rugió el felino de rabia y de miedo. Pero ya veinte víboras inculaban su veneno en la dura piel. No había salvación.

Ibotí, a quien habían atraído los rugidos de la fiera, se acercó.

Las temibles yararás abrieronle paso.

Miró la niña el árbol cuya corteza, antes verde, era ahora oscura. Palpóla y vió que tenía la dureza del hierro.

Ibotí comprendió entonces el sacrificio de su amigo, y abrazada a su tronco, lloró.

Aquellas lágrimas de ternura y reconocimiento, derramadas por los ojos de la niña que era buena como un ángel, fueron semillas de belleza que cayeron al pie del árbol noble y generoso.

De aquellas lágrimas nacieron varias ñanbejí, las preciosas enredaderas de flores rosadas como la aurora. Y desde entonces son compañeras inseparables de aquel árbol. Suben por su tronco y ramas, cubriéndolo con un hermoso manto verde. Y cuando vuelve la primavera, lo perfuman y embellecen sus flores.

—Es la ternura de Ibotí — dicen los paisanos — que sigue pagando el sacrificio de su amigo.





¿Qué divino milagro puso la primera espiga de trigo en la mano del hombre?

LA ESPIGA

La espiga es un conjunto de insignificantes granitos. Sin embargo cada uno de esos granos es un fruto completo.

Espigas tienen el trigo, el maíz, el arroz, el alpeste, la avena y la cebada. Todos ellos son vegetales de enorme importancia para el hombre.

No hay pueblo que no los conozca. Desde hace miles de años los cultivan cariñosamente. De los granos de las espigas se alimentan cientos de millones de seres humanos.

¿Qué divino milagro puso en la mano del hombre la primera espiga de trigo? ¿Quién le dijo que de su blanca harina fabricaría su

pan de cada día? ¿Por qué comenzó a cuidarla y a cultivarla con tanto esmero?

Aquella humilde primera espiga es hoy la reina del mundo.

Mares de trigo, de arroz y de maíz inundan la superficie de la Tierra. En las ardientes comarcas ecuatoriales crece la espiga. Montañas de este oro inapreciable se cosechan en las mesetas, valles y llanuras de las zonas templadas. Las heladas regiones cercanas a los polos también la conocen.

Ejércitos de hombres y de mujeres están dedicados a su cultivo. Sus armas son el arado, el rastrillo, la segadora, la horquilla y la trilladora. Son las benditas armas de la paz, que siembran la vida sobre la Tierra.



Espiga de arroz

AMA TU TRABAJO



Las callosas manos del herrero son un himno de gloria al trabajo.

Un desnudo y musculoso brazo maneja hábilmente el pesado y negruzco martillo. Lluven los golpes sobre la enrojecida lámina de hierro. No yerra uno solo.

Un brillante y fugaz abanico de chispas brota del yunque a cada martillazo. Miles de esas minúsculas estrellitas caen sobre la piel y el delantal del obrero, que continúa impasible su tarea.

Gruesas y turbias gotas de sudor inundan el rostro del herrero; corren por su robusto cuello y desaparecen, como absorbidas, por su fornido pecho.

Jamás se queja de su suerte, porque su trabajo le encanta. Yo lo he visto después de fatigosas jornadas, frotar satisfecho sus manos callosas.

Ama su fragua, su yunque, su martillo y sus tenazas como a sus propios hijos.

—Amo estas herramientas — me dijo — porque con ellas he forjado todos los arados de este pueblo; porque con ellas he conocido el valor del trabajo y porque ellas serán la herencia de mis hijos.

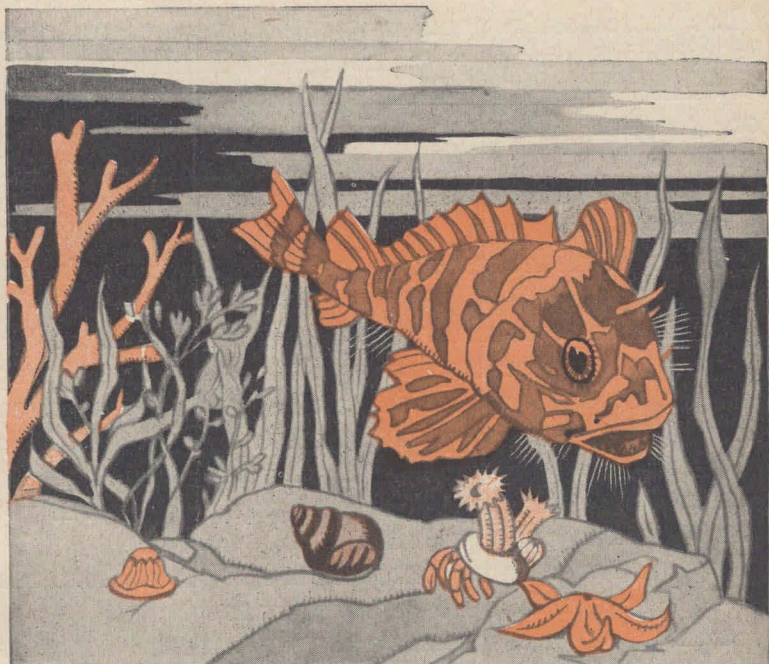
Ama tu trabajo si quieres ser feliz. Elige una profesión, entrégate a ella con todo cariño y llegarás a ser un artista en la tarea que tengas que cumplir. El trabajo realizado con amor, es fuente inagotable de alegría.





Con el hombre viven todos los otros seres creados.

LA GRAN MORADA



Lo que veríamos si nuestra vista pudiese penetrar más allá de la superficie del mar.

El globo terráqueo, esa enorme esfera que gira alrededor del sol desde quién sabe cuando, es la morada del hombre. Con él viven todos los otros seres creados.

Unos habitan en la corteza terrestre, o sea el suelo que pisamos; otros en la atmósfera, o sea el aire que respiramos, y otros, en las grandes masas de agua salada que forman los mares.

Sobre la corteza terrestre viven: el hombre, rey de la creación; toda clase de animales, de los cuales, los unos

caminan y corren; otros vuelan y otros se arrastran. A más de los citados, viven adheridos al suelo los vegetales.

Los mares están poblados por ballenas, peces, caracoles, esponjas, corales y millones de millones de seres tan pequeñitos, tan diminutos, que sólo pueden ser vistos con la ayuda del microscopio.

En cuanto a la atmósfera, es la morada de gran variedad y cantidad de microbios, algunos útiles y otros perjudiciales para la salud.

El número de los seres que pueblan la Tierra es incontable.

Todos esos seres nacen, se desarrollan y mueren.

Apenas desaparecen unos, ya otros vienen a ocupar su lugar. Se diría que la vida está en acecho y aprovecha cualquier oportunidad para manifestarse.

Observad lo que pasa en la tierra removida, aún en aquella que se extrajo de un pozo muy profundo. A poco, estará cubierta de vegetación.

Dejad un recipiente con agua al aire libre. No tardará en albergar infinidad de microorganismos.

Sí; la vida, ese algo que vemos pero que no alcanzamos a comprender, está en acecho. Sólo sabemos de ella cuando ya se ha manifestado. ¿De dónde viene?



EL MAR



La noche, de una negrura impenetrable, es dueña y señora de esas regiones.

El mar ha inspirado al hombre dos sentimientos distintos: de temor el uno, de admiración el otro.

El ser humano no puede respirar bajo el agua; allí se asfixiaría. De ahí el miedo, que nace instintivamente, a la vista de aquella inmensa masa de agua.

En cambio, el mar provoca admiración por su grandeza y por su constante movimiento. Esas aguas nunca están tranquilas. Se agitan y forman, ya ondas, ya olas.

Cuando cõtemplamos su superfìcie, estamos lejos de pensar que bajo ella se agita una vida extraordinaria.



En las grandes profundidades del mar se agita una vida extraordinaria, maravillosa.

Dejemos de lado a los peces y demás habitantes del mar que viven próximos a su superficie. Bajemos a las grandes profundidades para averiguar qué hay allí.

A medida que descendemos, la luz va siendo cada vez más escasa, porque el agua dista mucho de ser tan transparente como el aire.

Al llegar a los cuatrocientos metros la oscuridad es total. La noche, de una negrura impenetrable, es dueña y señora de aquellas regiones.

¿Existe vida allí?

Sí, existe, y es la más fantástica que se puede imaginar.

Con trampas ingeniosas, se han extraído peces que viven a mil, dos mil, tres mil y hasta cuatro mil metros bajo el nivel del mar.

Muchos de ellos son ciegos; no tienen ojos; otros emiten rayos de luz a voluntad mediante una especie de farolito que llevan, ya en la cabeza, ya en los costados; otros son fosforescentes.

Los peces ciegos tienen largas antenas en la cabeza. No ven, pero sienten. Esas antenas recogen las menores vibraciones que les trae el agua y según ellas sean, conocen si se aproxima algún enemigo o la presa que acechan.

Esos peces deben vivir en perpetua guerra, devorándose los unos a los otros.

Todos ellos tienen armas terribles; los unos, dientes filososísimos, de puntas agudas como espinas; otros disponen de garfios; otros de tentáculos siniestros, que son como brazos de acero que aprisionan y trituran.

Cuando contemplamos la superficie del mar, tan bella, estamos muy lejos de sospechar que en su fondo se desarrollan dramas horribles. Deben entablarse allí luchas feroces, en las que entran en juego aquellos dientes, aquellos garfios acerados, aquellos tentáculos, aquellas puntas filosas. ¡Cuánto drama pavoroso, cuánto horror, bajo la risueña calma de la superficie que nosotros miramos embelesados!



MIRANDO HACIA LO ALTO



¡Qué hermoso es el cielo!, exclaman quienes se acostumbran a mirar hacia lo alto.

¡Qué hermoso es el cielo!, no pueden menos de exclamar aquellos que se acostumbran a mirar hacia lo alto. ¡Qué suave es su coloración y cómo descansa la vista cuando se fija en él!

El hombre atribulado eleva su mirada hacia ese firmamento tan bello, en procura de un consuelo para sus penas y dolores; el hombre feliz mira también hacia allá, dando gracias, desde lo más íntimo de su corazón, por la dicha de que disfruta.

Y es que los hombres de todos los tiempos han situado en el cielo, en ese más allá tan lejano, la residencia de un Ser que gobierna la vida.

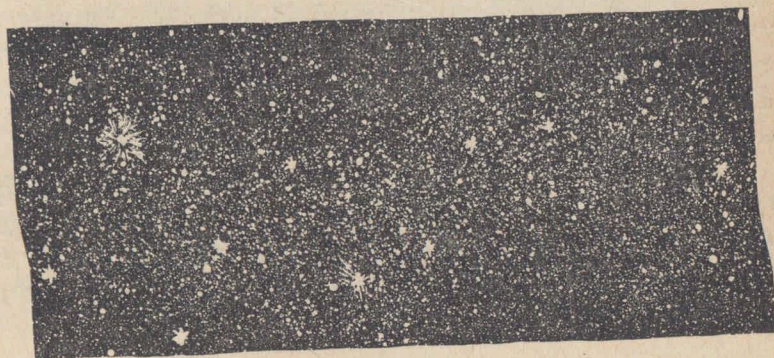
Ese hermoso azul de la bóveda celeste se debe a la capa de aire que rodea a nuestro planeta hasta varios miles de metros de altura, la que vista en tan grande masa, tiene aquel color.

Sin ese aire la vida no sería posible, ya que todos los seres respiran. Para el hombre y los animales el oxígeno; para los vegetales el ácido carbónico.

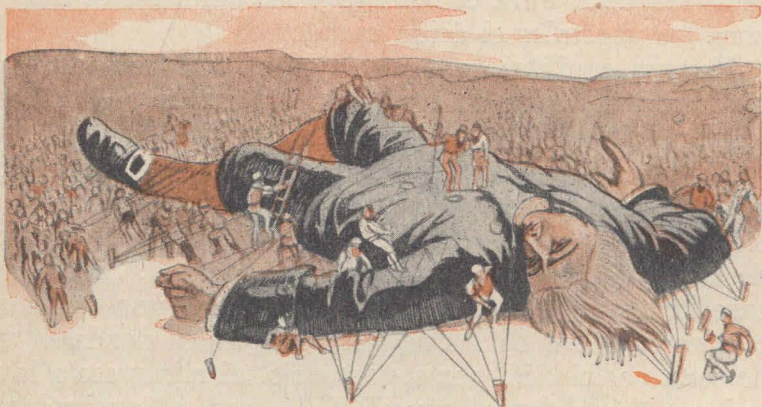
Hay un equilibrio admirable entre esos dos gases, que junto con el vapor de agua, el nitrógeno y algunos más, forman la mezcla que denominamos aire.

Si por cualquier circunstancia se rompiese aquel equilibrio y aumentase la cantidad de ácido carbónico, se elevaría la temperatura, pues ese gas tiene la propiedad de almacenar el calor que nos llega del sol. Si se duplicase la cantidad, reinaría sobre la tierra una primavera constante, salvo en las regiones tropicales donde la vida no sería posible. Si, por el contrario, disminuyese a la mitad, un frío intenso, superior, tal vez, al que reina en las desoladas regiones polares, se extendería sobre nuestro planeta.

Tenían razón los hombres cuando, inconscientemente muchos de ellos, buscaron en el cielo la razón de ser de su vida.



GULLIVER EN EL PAIS DE LOS PIGMEOS



Cuando Gulliver despertó, encontróse sujeto al suelo por gran número de ligaduras.

Cuando Gulliver despertó, el sol brillaba en el cielo. Nuestro héroe quiso levantarse, pero con gran sorpresa comprendió que le era imposible. Sus brazos y sus piernas estaban fuertemente sujetos al suelo. Su cabello, espeso y largo, se hallaba como pegado a la tierra y no le permitía mover la cabeza ni a derecha ni a izquierda. En torno a su cuerpo pasaban muchos millares de cuerdas, sumamente delgadas, pero muy resistentes.

Gulliver estaba sorprendido. No tenía miedo porque nada indicaba que su vida corriera peligro. Pasado el primer momento de estupor, se puso a escuchar. Oyó un confuso rumor de voceillas, mas no pudo entender ni uno sólo de los términos que se pronunciaban.

De repente sintió que algo como un ser vivo se enca-
ramaba por su pierna izquierda y avanzaba trabajosa-
mente hasta su rodilla. Sin dejar de mirar lo que veía,
pensó que había perdido el juicio o que estaba bajo la
acción de una pesadilla.

Un ser humano, cuya estatura no pasaba de doce cen-
tímetros, con un arco y una flecha en las manos, lo estaba
observando atentamente. En seguida, otros cuarenta hom-
brecillos de idéntica talla, subieron por el mismo camino
y cubrieron totalmente su muslo. Gulliver, cada vez más
admirado, empezó a gritar con tanta fuerza, que los hom-
brecillos, asustados, echaron a correr. Algunos de ellos,
al saltar al suelo, se lastimaron bastante.

Inmediatamente los enanillos dispararon contra su pri-
sonero una lluvia de flechas. Gulliver trató de despren-
derse de las ligaduras que lo sujetaban, mientras un innu-
merable ejército de pigmeos lo atacaba con flechas y con
picas.

Pensó Gulliver que lo más prudente era permanecer
quieto y tal como lo pensó lo hizo.

Volvieron los enanos a subir por sus brazos y piernas y
en un santiamén lo cubrieron casi por completo.

Un oficialito del ejército liliputiense (Liliput se llamaba
el país de los pigmeos), para hacer una gracia, metió la
punta de su espadín en un agujero de la nariz de Gulliver.
El cosquilleo provocó un fuerte estornudo que echó a ro-
dar a todos los enanillos que paseaban por el pecho de
nuestro héroe.

Repuestos del susto, y viendo que el prisionero perma-
necía tranquilo, trataron de entablar relaciones pacíficas
con este gigante llegado quien sabe de qué fantástico pla-
neta.

Adaptado de "Viajes de Gulliver".



Cuando las hojas caen, parecen gigantescas y doradas mariposas que volaran enloquecidas.

LLUVIA DE HOJAS

Llegó el otoño. Las hojas de los árboles amarillean, se debilitan y caen. Caen día y noche. Descienden constantemente, girando en espiral. Son como gigantescas y doradas mariposas que volaran enloquecidas.

Se depositan tan suavemente sobre la tierra que parece le tuvieran temor.

La lluvia, lenta y continua, aumenta de repente cuando una ráfaga de viento sacude las ramas. Poco a poco los árboles van quedando desnudos. Por entre el ramaje pelado ya comienza a verse el cielo.

Sigue la lluvia cada vez más intensa. Chocan las hojas entre sí y se besan antes de morir. Un murmullo imperceptible flota en el ambiente. Este dulce, tierno y suave murmullo, parece una queja triste.

Mientras recorro el bosque pisando la hojarasca que cruje bajo mi paso, pienso en esta agonía de la naturaleza. Pienso que estas hojas son como lágrimas; grandes lágrimas vertidas por los árboles, que lloran día y noche la muerte del verano; que lloran sin consuelo la ausencia de las brisas suavemente frescas; la ausencia de las delicadas auroras; la de los melancólicos crepúsculos y la de los claros rayos solares.

¿Qué será ahora de las débiles y canoras aves que buscaban entre las ramas floridas su mejor refugio? ¿Cómo se defenderán de la inclemencia del próximo frío y de la furia del viento invernal?

PAISAJE OTOÑAL

Todo está triste, mudo, sombrío,
las hojas secas cubren el suelo;
¡se fué el alegre florido estío
y los jardines están de duelo!

Llegó el otoño... no se ven rosas;
ya no hay perfumes, ya no hay colores
Tampoco vuelan las mariposas
como alocadas entre las flores.

Las golondrinas también se fueron..
y están sus nidos ya despoblados;
ni se oye el trino de los jilgueros
cantando ufanos en los cercados.

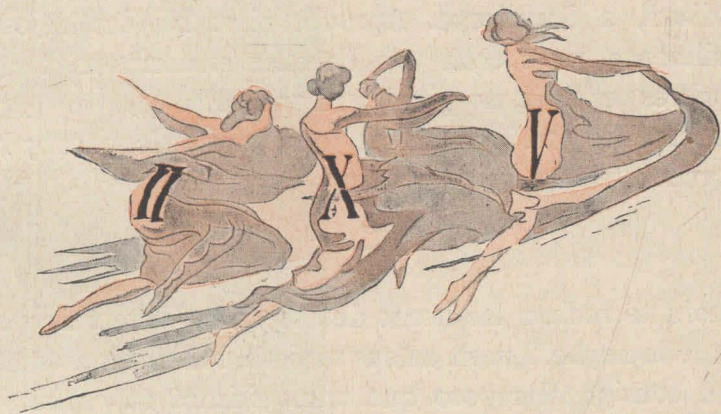
El viento sopla húmedo, frío;
al cielo cubre serio ropaje,
¡Se fué el alegre florido estío!
¡Qué mudo y triste quedó el paisaje!

DALIA RHENÉ

EL VALOR DE LAS HORAS

Escucha, hijo mío.

Las horas danzan alegremente a tu alrededor. Sus rostros son bellos y sonrientes. Visten de blanco y rosa. Sus áureas cabelleras sueltas están adornadas de fragantes flores. Llenan tu tierno corazoncito de felicidad.



¡Mira cómo traen en sus manos tus juegos favoritos! Las acompaña una música melodiosa: el canto de las aves y el susurro del viento. Son tus horas de recreación. Están contigo; diviértete con ellas; juega, ríe, que tu alma necesita de esa alegría.

Observa, ahora, cómo se alejan. Piérdense una a una al internarse en el camino del tiempo; pero dejan en ti tanta felicidad, que te sientes dueño del mundo.

Otras horas te rodean ya. Sus rostros están también alegres, aunque surcan sus blancas frentes pequeñísimas arrugas. Adornan sus vestidos las artes, las ciencias, los números y las letras.

Son las horas de trabajo. Entrégate a él con empeño. Acuérdate que estas mismas horas rodearon a Pasteur, a Edison, a Sarmiento. Aprovéchalas. No las dejes ir estérilmente, pues cada una de ellas encierra un tesoro. Si quieres ser feliz, no pierdas ni una sola.

Se han ido ya...; pero tú te sientes más bueno; has mejorado; te has perfeccionado.

Ahora te rodean las horas de descanso. Visten el ropaje serio de la noche. Lucen en sus túnicas, brillantes estrellas. Traen consigo el reposo que tranquilizará tu espíritu y reparará tus fuerzas. Las necesitas después de tus juegos y de tus trabajos.



EL SEÑOR HOY Y EL SEÑOR MAÑANA



Los relojes, con su tic... tac... acompasado, señalan las horas que pasan y no vuelven.

Cuando el reloj dió la última campanada de la hora veinticuatro, nació el señor Hoy.

Lleno de curiosidad miró aquí y allá. Era de noche; todos dormían.

— ¿Tendré que vivir en medio de la oscuridad? — se preguntó Hoy, un tanto alarmado.

Mientras tanto, el tiempo, que nunca se detiene, seguía su marcha. Los relojes, con su tic... tac... acompasado, señalaban las horas que pasan y no vuelven.

Cantó un gallo. El señor Hoy miró hacia aquel lado y vió una ligera claridad por el este.

— ¿Será la Aurora que llega? — se dijo Hoy. — Llevo

vividas seis horas, es decir, la cuarta parte de mi vida. Ya es tiempo de que las personas abandonen la cama. Ardo en deseos de ver cómo viven conmigo.

—Mañana es domingo — oyó que cantaba una joven — mañana iré al baile.

—Mañana lo haré — contestaba un niño a su madre — Tengo tiempo.

—Dejémoslo para mañana... Mañana lo arreglaremos.

El señor Hoy no oía otra cosa. Siempre estaba Mañana de por medio.

—¿Puedes decirme — preguntó a un reloj — quién es ese célebre Mañana que está en boca de todo el mundo?

—El señor Mañana no es otro que tu sucesor. Cuando yo vuelva a dar la hora veinticuatro, tú desaparecerás; no serás Hoy sino Ayer. En cambio ese otro, el señor Mañana, será Hoy. ¿Comprendes?

—Sí; he comprendido. Dime ahora: ¿cuál de los dos vale más?

—Es bastante difícil contestar — dijo el reloj — Por lo pronto, piensa que contigo llegan siempre las obligaciones que cada cual debe cumplir para llenar dignamente su vida. Es un mérito. En cuanto a los Mañana, que son muchos, pues llegan uno tras otro, en fila que no terminará nunca, despiertan en el hombre la previsión, tan necesaria.

—No entiendo qué significa esa palabra.

—No hace falta que la comprendas. Basta que las personas sepan qué quiere decir. Y ahora adiós, amigo Hoy. Dentro de algunos segundos daré doce campanadas, y ellas señalarán la terminación de tu reinado.



CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,
el agua en sus flancos riza,
y rápida se desliza
como un cisne, mi canoa.

Los sauces, la cabellera
sumergida entre las ondas,
alzan murallas de frondas
en una y otra ribera.

En lechos de algas, mecidos
por una brisa indolente,
al paso de la corriente
tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
el árbol al lado mío,
porque ha empezado el estío
a deshojar su corona.

.....

.....

La noche está transparente,
tibia, vestida de gala,
y mi canoa resbala
sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
de la madre ante la cuna,
está mirando la luna
el paisaje desde el cielo.

MARTÍN CORONADO

EL ESPEJO

Mucho tiempo ha, vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón.



En adelante, la virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeña, que el padre se vió obligado a ir a la gran ciudad, capital de aquel país. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, prometiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

Cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió a la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se puso un precioso traje azul que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió a su marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto.

—A tí —dijo a su mujer— te he traído un objeto de extraño mérito: se llama espejo. Mírale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita, donde, cuando ella la abrió, encontró un disco brillante. Allí miró la joven esposa con placer y asombro porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que le sonreía alegremente.

—¿Qué ves? —preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano por mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo una linda moza que me mira, que mueve los labios como si hablase y lleva ¡qué extraño! un vestido azul exactamente como el mío.

—Tonta; es tu propia cara lo que ves —le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer ignoraba. —Ese disco se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no lo hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose a cada momento. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para uso diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado como si fuese uno de sus más preciados tesoros.

Pasaron los años hasta que llegó el día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia, hasta entonces dichosa. La excelente y amorosa madre enferma, y aunque la hija la cuidaba con tierno afecto y solícito desvelo, fué empeorando cada vez más. Cuando conoció que se aproximaba su fin, llamó a su hijita y le dijo:

—Querida mía: ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padre. Prométeme que cuando yo desaparezca mirarás en el espejo todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que sigo velando por ti.

Dichas estas palabras le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo.

La niña prometió, con lágrimas, lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él por largo rato e intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esa manera vivió la niña como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre; también hoy he sido como tú quieres que yo sea.

JUAN VALERA
(Adaptación)



DESCRIPCION

Guarneciendo de una ría
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,
se alza gigante y sombría
ancha torre secular
que un rey mandó edificar
a manera de atalaya,
para defender la playa
contra los riesgos del mar.

* * *

Cuando viento borrascoso
sus almenas no conmueve,
no turba el rumor más leve
la majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
largas horas sumergido,
y sólo se escucha el ruido
con que los aires azota
alguna blanca gaviota
que tiene en la peña el nido.

Mas cuando en recia batalla
el mar rebramando choca
contra la empinada roca
que allí le sirve de valla;
cuando en la enhiesta muralla
ruge el huracán violento,
entonces, firme en su asiento,
el castillo desafía
la salvaje sinfonía
de las olas y del viento.

Tres estrofas (décimas) de "El vértigo".
Poesía de G. NÚÑEZ DE ARCE.

ANIMALES TEMIBLES



Uno de los carnívoros más feroces.

Existe, entre los mamíferos, un grupo de animales que se alimenta exclusivamente de carne. Son los llamados carnívoros o carnívoros. También se les conoce con el nombre de felinos.

Todos ellos impresionan por su fuerza, su agilidad, su destreza y su resistencia.

Viven en los bosques en constante vigilancia. Por esta causa sus sentidos están muy desarrollados.

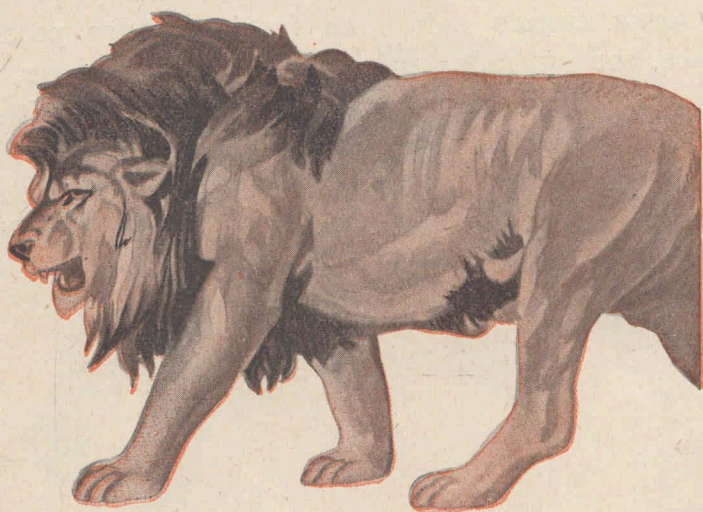
Su cuerpo alargado, flexible y elástico está admirablemente organizado para el ataque y la defensa. El pelo que recubre sus patas de acero esconde poderosas garras, prestas siempre a clavarse en el cuerpo de sus víctimas.

Cuando el felino abre la boca, muestra cuatro agudos y largos colmillos, que desgarran las carnes y quiebran los huesos cuando entran en función. Estos potentes caninos, son ayudados en su tarea por los molares, que bien arraigados en las mandíbulas, sirven para triturar.

El león, el tigre, el leopardo y la pantera son representantes de este orden de los mamíferos que habitan en ciertas partes de Africa y de Asia. En América los felinos más temibles son el puma y el jaguar.



EL LEON



El rey de la selva.

Es el mayor de los carnívoros y, sin disputa, el más fuerte y el más temido. Por algo se le conoce con el nombre de "rey de los animales". El terror que inspira en las comarcas donde vive, alcanza a los hombres y a las bestias.

Habita lugares solitarios, pero próximos siempre a las lagunas, arroyos o riachos, pues a ellos deben ir necesi-

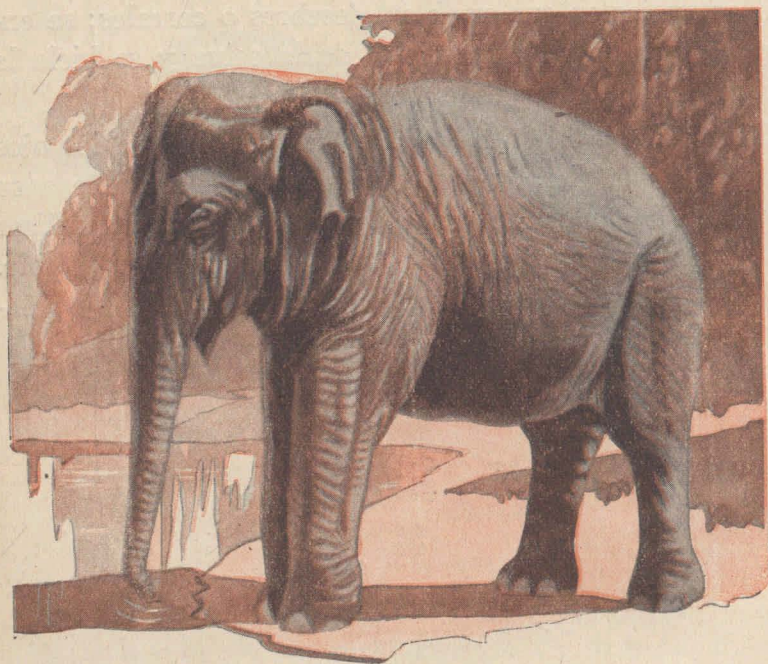
riamente a beber jirafas, cebras, gacelas, cabras, etc.

Dormita durante el día y se apresta a la caza cuando las sombras de la noche comienzan a cubrir la tierra. Entonces lanza su rugido, que parece un trueno. Mugen lastimeramente los bueyes, relinchan los caballos, y balan las ovejas en sus establos, pesebres o corrales; se encogen de espanto los animales de la selva y se hiela la sangre en las venas de los hombres que lo oyen.

En medio de las tinieblas de la noche brillan los ojos terribles de la fiera que se aproxima sigilosamente a su víctima. Al atacar, lanza un corto rugido para paralizar a su presa por el terror, y salta. Es un salto formidable. De una sola dentellada desnucan la presa, que luego cuelga inmóvil de su boca.



LOS ELEFANTES SON MUY PRUDENTES



El más grande de los cuadrúpedos y, al parecer, el más prudente.

Según cuentan los exploradores que han tenido oportunidad de observarlos, estos enormes paquidermos viven en rebaños que algunas veces alcanzan a un centenar de individuos. Parece que cada rebaño tiene un jefe, al cual obedecen ciegamente.

“En la época de los grandes calores y las sequías — dice un explorador — quedan sin agua los ríos, los arroyos y las lagunas. Los elefantes sufren, entonces, los horrores de la sed y se reúnen en los alrededores de los lugares encharcados que conservan agua durante largo tiempo.

“En la proximidad de uno de esos charcos tuve ocasión de observar la extraordinaria prudencia de estos animales.

“Lo que voy a referir aconteció una clara noche de luna, en la que todo aparecía casi tan iluminado como durante el día. Decidí, pues, aprovecharla para observar a los elefantes. El lugar que había elegido se prestaba para hacerlo, sin que mi vida peligrara. Tenía a mi disposición un árbol corpulento, cuyas ramas avanzaban sobre el agua de la charca, ofreciéndome un escondite cómodo y seguro. Me instalé en él lo mejor que pude y, después de acomodar el fusil y mi anteojo de larga vista, esperé pacientemente.

“Los elefantes estaban a menos de quinientos pasos de allí; pero tuve que aguardar dos horas antes de que apareciera uno solo. Por fin, a unos trescientos metros salió de la selva un gran elefante; anduvo con sumo cuidado unos doscientos pasos y se detuvo luego a escuchar. El animal se había movido con tanta suavidad, que no produjo el menor ruido. Quieto, inmóvil como una enorme roca de granito, permaneció unos minutos. Después, dió tres pasos más hacia adelante, y así siguió avanzando despacio y deteniéndose frecuentemente. Llevaba sus amplias orejas abiertas hacia adelante con el objeto de recoger los más leves rumores. De este modo llegó hasta la orilla del agua.

“El prudente animal no pensó en beber, no obstante la sed que lo acosaba. Muchos minutos transcurrieron

sin que moviera un solo miembro de su cuerpo. Miraba y escuchaba únicamente. Después dió una vuelta sobre sí mismo y sin hacer el menor ruido se dirigió de nuevo al lugar de donde había salido. Al cabo de un rato volvió a aparecer acompañado de otros cinco elefantes, con los cuales se dirigió hacia el agua silenciosamente. Una vez llegados a la orilla, los cinco permanecieron allí alertas, y él regresó a la selva de donde salió acompañado por todo el rebaño. Los ochenta enormes proboscidios se movían con tanta precaución que yo no oía el más leve ruido. El paquidermo que actuaba de jefe se dirigió a los cinco que habían quedado vigilando y cuando se convenció de que no corrían ningún peligro, dió la orden de avanzar. En el mismo instante toda aquella enorme masa de elefantes se lanzó al agua sin el menor temor.

“Nunca había visto yo un número tan crecido de animales en un espacio tan reducido. Los estuve observando hasta que acabaron de beber y de bañarse. Entonces quise experimentar qué efecto les haría un ruidito, y rompí una ramita del árbol. No bien lo oyeron, todos los elefantes echaron a correr con la velocidad de un rebaño de ciervos alocados”.



LOS ARBOLES

Altos, rectos, de troncos robustos y amplias copas, unos; débiles, flexibles y graciosos, otros. Pero todos, igualmente hermosos.

Algunos árboles, de aspecto severo y de copas inmóviles, parece que pensarán en si estará contento el hombre con todo lo que le proporcionan.

Con ellos, él construyó las primeras embarcaciones y se aventuró en el inmenso mar en busca de tierras desconocidas; calentó su choza en las frías noches de invierno y ahuyentó las fieras que lo asediaban; fabricó el armazón de su vivienda, la cama para descansar su fatigado cuerpo y el arado que roturaría la tierra.

Los árboles crecen. Crecen como llevados por un afán constante de elevarse al cielo.

Luchan por sobrevivir en las heladas regiones polares como en las ardientes zonas tropicales. Cobijan animales de toda especie.

Soportan los insectos que destruyen su follaje u horadan su tronco.

Y cuando los pájaros cantan entre su ramaje, las hojas se mueven como temblando de emoción al escucharlos.

JULIÁN MUSMANNO.





SEMILLA

Una semilla escondida
estaba bajo la tierra,
en su cáscara vestida
se encontraba prisionera.

Un día llegó hasta ella
un lindo rayo de sol.
—¡Arriba! ¡Arriba!, semilla,
aquí te traigo calor.

—Pero, buen rayo, no puedo
aunque escucho tu palabra.
¡Si supieras cuánta falta
me está haciendo un poco de agua!

Y el rayito fué hasta el cielo
a avisar a su papá.
Y el padre sol en seguida
mandó una nube hasta allá.

El agua le dió frescura,
tibieza el rayo de sol
y la planta agradecida
cuajó sus besos de amor.

IDA L. RÉBOLI

EL DISTRAIDO



Menalco baja la escalera de su casa, abre la puerta para salir y vuelve a cerrarla: observa que tiene puesto el gorro de dormir y que sólo se ha afeitado la mitad de la cara; y mirándose con atención, se da cuenta que lleva puesta la camisa sobre los pantalones.

Cuando pasea, le sucede con frecuencia que se siente rudamente golpeado en el estómago o en la nariz; mira y se encuentra delante de la rueda de un carro o de la viga que un obrero lleva al hombro.

Siempre está buscando algo, todo lo pierde, no sabe donde ha dejado las cosas de uso más frecuente. Así, corre de un lado a otro en procura de sus guantes, que lleva puestos, o del sombrero que ya tiene calado hasta las orejas.

En cierta ocasión entra a un salón, y al pasar debajo de una araña, deja enganchada en ella la peluca. Los presentes se echan a reír; Menalco vuelve la cara, ve una

peluca colgada de aquella araña y ríe como todos, buscando con la vista quién es el que ha quedado sin ella.

Por la noche suele sucederle que se pone a leer después de haber apagado la luz, y se sorprende al no ver ni jota, lo que le parece sumamente raro.

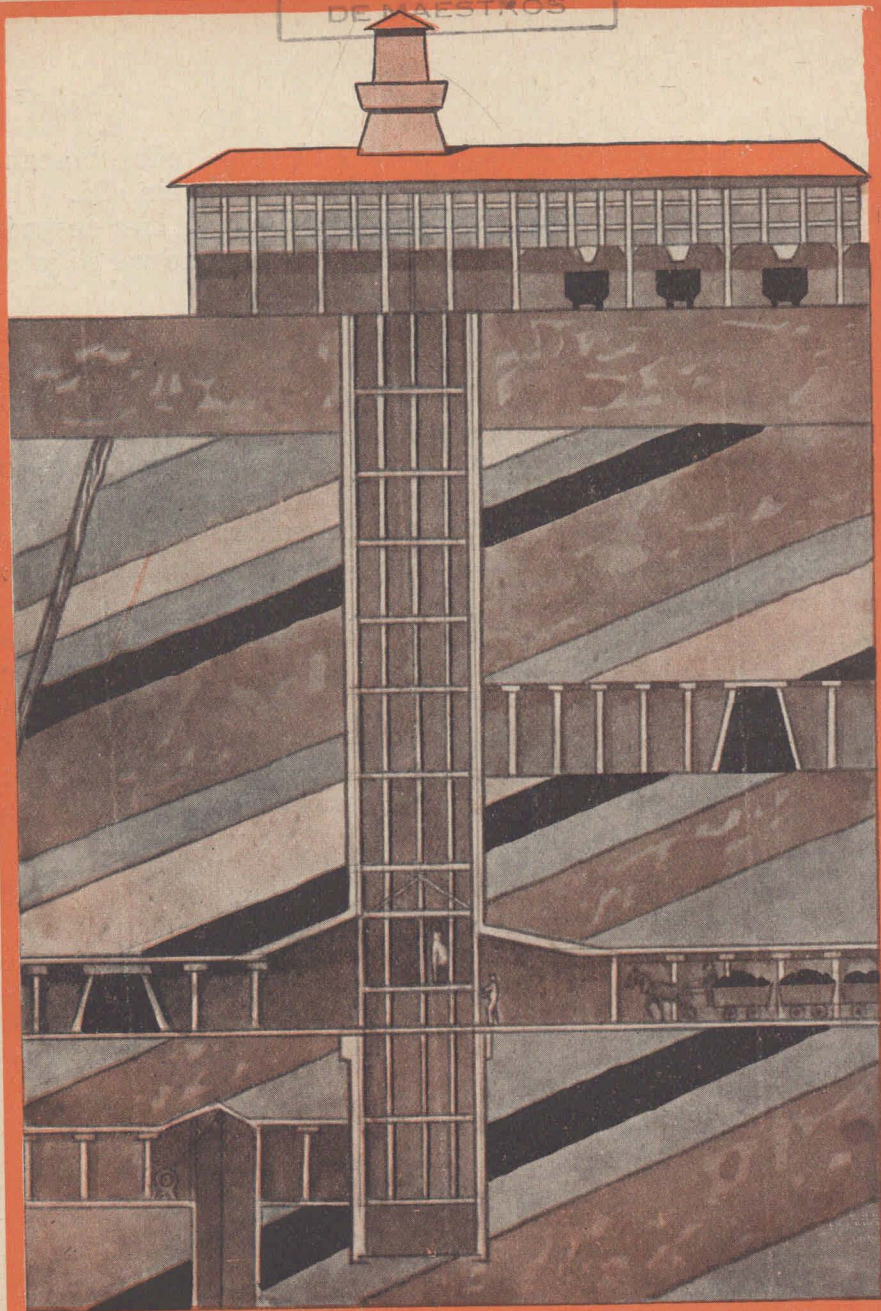
Cuando asiste a una comida, se apodera del pan o de la servilleta de uno de sus vecinos, y en cierta ocasión se lo vió metiendo su cuchara en el plato de sopa de una digna dama que tenía sentada a la derecha.

A veces principia a contar un cuento, se olvida que lo está haciendo y sin que venga al caso, rompe a reír a carcajadas de algo que atravesó en ese momento por su pensamiento y que nada tiene que ver con el relato que había comenzado.

Tiene los ojos siempre muy abiertos pero no se sirve de ellos para nada; no mira nada ni a nadie. Todo lo que se saca de él en una conversación, y eso en horas en que está menos distraído y más atento, son frases como esta: Es verdad; no sé; por supuesto; creo que sí; veremos; bueno; está bien; y algunas otras expresiones por el estilo que nada dicen.

LA BRUYÉRE



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Lo que veríamos de una mina de carbón si nuestros ojos pudiesen penetrar a través de la tierra.

HABLA UN TROZO DE HULLA

Hace mucho, muchísimo tiempo, yo formaba parte de un árbol corpulento que vivía en una selva tan extensa como impenetrable.

Los árboles de mis tiempos, es decir, de la época en que yo era un ser orgánico, tenían una altura y un diámetro extraordinarios. Eran sencillamente descomunales y se multiplicaban de manera asombrosa, porque el clima de entonces, húmedo y caluroso, nos resultaba muy favorable.

En esos tiempos el hombre no había aparecido aún sobre la superficie de la tierra.

Las lluvias continuas y torrenciales formaban caudalosos ríos que corrían por todas partes. Ninguna valla, ningún dique, ningún obstáculo podía detener la fuerza de esas corrientes que arrasaban cuanto les ofrecía alguna resistencia. Selvas enteras fueron derribadas; troncos monstruosos arrancados de raíz, arrollados y hundidos en el fango de los terrenos bajos.

Yo también corrí esa suerte. Poco a poco fuí desapareciendo, junto con miles de mis compañeros, bajo espesas capas de barro. Ni un rayo de sol, ni un soplo de aire llegaba hasta nosotros. La vida no era posible, y la muerte se apoderó de nuestro organismo. En esa tumba dormí un largo sueño. Pasaron así los días, los años y los siglos. Mi cuerpo se hacía cada vez más pesado, más negro, más duro. Sentía que me petrificaba.

A mi lado, mis viejos amigos habían sufrido una transformación idéntica. Formamos entre todos una enorme masa de carbón.

Cierto día, un ser cuya forma nunca había visto (después me dijeron que era un hombre), llegó hasta mí a través de una galería que él mismo terminaba de cavar. Hundió en mi cuerpo una durísima herramienta y me hizo pedazos. Una máquina me llevó hasta la superficie de la tierra y volví a ver la encantadora luz del sol; me rodeó una atmósfera de aire puro; contemplé flores que jamás había visto y oí por primera vez los trinos melódicos de las aves. Ahora soy completamente feliz.

A ese hombre, a quien debo mi segunda vida, se lo he de agradecer en muchas formas. Ya le diré (cuando el momento sea oportuno), que de mí puede obtener calor para sus máquinas, gas para su alumbrado, calefacción, y sustancias de mucha utilidad.



EXTASIS

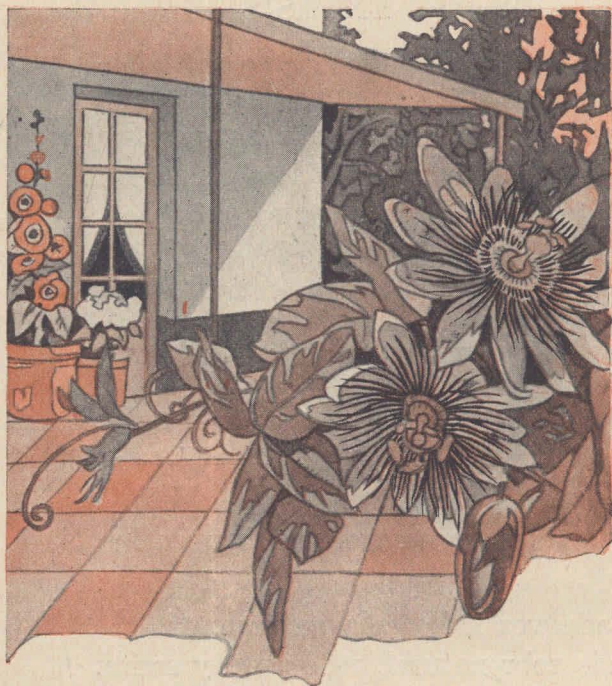
Cada rosa gentil, ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrojos,
dejan mi alma en el éxtasis sumida...
¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la vida!

Años ha que contemplo las estrellas
en las diáfanas noches españolas,
¡y las encuentro cada vez más bellas!
Años ha que en el mar, conmigo a solas,
de las olas escucho las querellas,
¡y aun me pasma el prodigio de las olas!

Cada vez hallo a la naturaleza
más sobrenatural, más pura y santa.
Para mí, en rededor, todo es belleza
y con la misma plenitud me encanta
la boca de la madre cuando reza,
que la boca del niño cuando canta...

A. NERVO

MI AMIGO ANSELMO



Allí lucía la hermosa flor de la pasionaria (mburucuyá).

Hay casas donde, apenas franqueada la puerta de calle, nos sentimos embargados por una suave sensación de bienestar. Tal, la casa de mi amigo Anselmo.

Es una modesta casita del suburbio que han embellecido sus moradores a fuerza de esmero y de buen gusto.

Observo el patio. Lo adornan algunas macetas pintadas de rojo. Están cubiertas de flores.

—Es Irene — explica mi amigo — La chica se ocupa de ellas con tanto cariño, que no faltan durante el año.

—¿Y esta enredadera que no conozco? — inquiero yo.

—Es la mburucuyá. La traje mi mujer de Corrientes, donde abunda. Esa planta nos recuerda el terruño, al que seguimos unidos por hondo cariño.

Pasamos al comedor.

Reinan allí un orden y un aseo ejemplares. Todo reluce; todo chispea.

Los muebles, con ser modestísimos, parecen de gran precio. El aparador encierra la humilde vajilla de la casa, pero está colocada con tan buen gusto y tan limpia que parece de porcelana.

Algunos floreros luciendo bellísimas flores, cuyos colores han sido artísticamente combinados; varias carpetas, obra primorosa de las mujeres de la casa; tres cuadros sencillos pero muy bonitos: he ahí los sencillos elementos que adornan aquel comedor tan atrayente.

¿Y qué decir de la mesa, lista para recibirnos? El mantel es una fiesta para los ojos. También él chispea a fuerza de ser blanco. Hasta los cubiertos refulgen, tan lustrados están.

¡Cómo me supo el puchero que se sirvió, y qué sabrosas las empanadas!

Fué un opíparo banquete para el paladar y para el corazón. El tiempo transcurrió en amable plática, impreg-

nada de esa sana alegría que se encuentra entre los seres buenos y sencillos.

—¿Cómo te arreglas — pregunté a mi amigo — para hacer tantos milagros con los doscientos treinta pesos que ganas por mes?

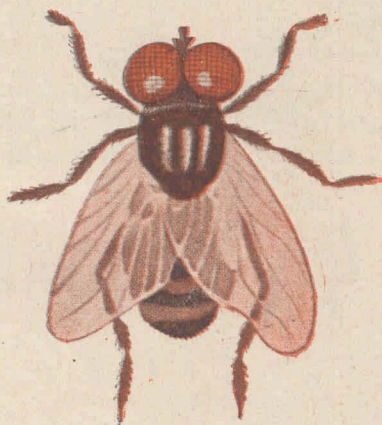
—El milagro lo hacen mi mujer y las chicas — contestóme Anselmo — Aprovechan bien el tiempo, se distribuyen el trabajo, se esmeran en todo cuanto hacen, gastan en lo indispensable y suprimen lo superfluo. De esa manera, no sólo disfrutamos de lo que ves, sino que aun podemos hacer algunas economías para el mañana.

Y mientras él hablaba yo me decía: ¡Feliz Anselmo, a quien Dios deparó una esposa e hijas hacendosas y buenas! ¡Cuántos millonarios querrían estar en tu lugar, a pesar de tus pocos pesos de sueldo!



EL CONGRESO DE LAS MOSCAS

— Compañeras — dijo una mosca de aspecto venerable dirigiéndose a muchas otras allí reunidas — os hemos citado para cambiar ideas sobre la mejor manera de defendernos. Antes, nuestros enemigos eran las aves y las



arañas; ahora nos persigue despiadadamente el hombre. Cada día inventa un nuevo procedimiento de destrucción; papeles pegajosos; trampas ingeniosas contra las que nada puede nuestra prudencia; líquidos venenosos con los que pulveriza el aire que respiramos; ¡qué se yo! mil medios, todos ellos ¡ay! muy eficaces.

— El hombre — intervino un moscardón de aire majestuoso — trata de matarnos, y justifica su perversa acción calumniándonos. Dice que somos los insectos más sucios y perjudiciales de cuantos lo rodean.

— No estamos aquí para quejarnos sino para buscar remedio a nuestros males — interrumpió muy desabrida la mosca venerable. — El que tenga algo que proponer, que hable.

— Puesto que no gustamos al hombre por nuestra costumbre de posarnos en lo que él llama cosas inmundas, tal vez convendría que buscásemos el sustento en otra parte — dijo con timidez una mosquita.

— ¿Dónde? ¿Entre las flores, como las antipáticas abejas? — terció nuevamente el moscardón.



— Vuelvo a repetir que estamos aquí para encontrar soluciones y no para discutir — saltó llena de fastidio la mosca venerable — También dice el hombre que nosotros propagamos algunas enfermedades porque nos posamos en cuanto cosa sucia se pone a nuestro alcance. ¿Podríamos evitarlo?

— Antes de privarme de esos placeres — zumbó una presuntuosa mosca verde — prefiero correr el riesgo de todas las muertes.

— Nuestra simpática amiga habla con gran sabiduría — no pudo callar el moscardón — Su belleza iguala a su talento. Yo también desafiaré los peligros con tal de no renunciar a la dicha de posarme en aquello que todos nosotros apetecemos: lo que el hombre denomina, en su ignorancia, cosas inmundas.

Hubiera seguido hablando, quién sabe hasta cuando, si una niña, al ver tanta mosca reunida, no hubiese corrido en busca de un pulverizador, con el que roció al grupo.

El primero en caer fué aquel moscardón petulante tan pagado de su tamaño. Pataleaba en los estertores de la agonía, pero terco, no dejaba de zumbar: ¡antes la muerte, que privarme de tan riquísimas golosinas!



GUERRA SIN FIN

Todas las guerras deben ser miradas con malos ojos. Todas, menos una: la que el Señor Aseo le tiene declarada al Señor Microbio.

El Señor Aseo es un joven que viste siempre un hermosísimo traje blanco y reluciente, en el que jamás se ve una mancha.

En cuanto al Señor Microbio, es un ser chiquito, diminuto, que sólo puede ser visto con la ayuda de fuertes vidrios de aumento. Este caballereito es gran amigo de Doña Suciedad, su aliada.

Nuestro buen Señor Aseo dispone de armas terribles para luchar contra Microbio y su aliada: agua, jabón, cepillos, plumeros, escobas y líquidos desinfectantes.

En cuanto a Microbio, utiliza un sinnúmero de tretas para triunfar. Se cuela en casa de Aseo escondido en la carne, en la verdura y en las frutas, con la intención de perjudicar a su enemigo, pero éste no se deja sorprender ni engañar; lava con prolijidad esos alimentos y cuando es necesario, los cuece.

Muy pocos Microbios resisten los efectos de un baño de inmersión en agua bien caliente.

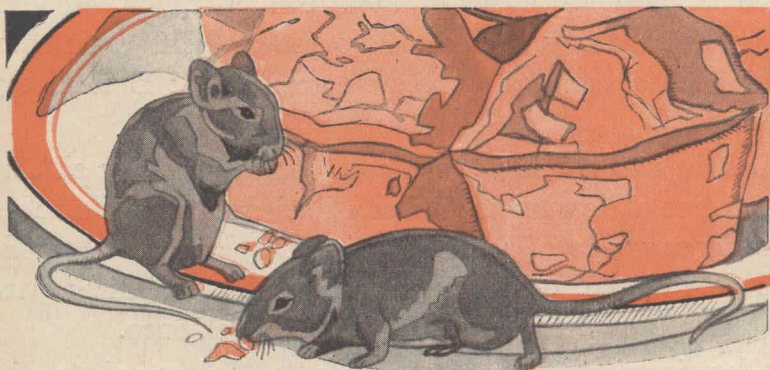
Antes de sentarse a la mesa, el Señor Aseo se lava prolijamente las manos con cepillo y jabón, porque no ignora que el sinvergüenza de Microbio suele estar sobre su piel y muy especialmente en sus uñas. En cuanto a la aliada del antipático Microbio, Doña Suciedad, el Señor Aseo la persigue, como dijimos, con plumeros, escobas, trapos húmedos y cepillos. Pero eso no sería suficiente. Aseo cuenta con dos amigos de gran valía: Don Aire y Don Sol.

Los deja entrar a su casa como en la propia y allí, no sólo ponen al descubierto a Doña Suciedad, sino que hacen huir despavorido a Don Microbio. ¡Hay que ver el miedo que éste siente, especialmente de Sol! Aseo dice: para los Microbios, mi amigo Sol es como el cuco.

¿Terminará esa guerra? ¡Quién sabe! Tal vez algún día, cuando todos sean como Don Aseo.



EL RATON



¡Terrible animal! La Providencia le ha hecho carnívoro para que encuentre alimento en todas partes; le ha hecho roedor para que devore a pedazos lo que puede llevarse entero; le ha dado ligereza para que huya; blandura para que atisbe las máquinas preparadas en su daño; agudo instinto para que, con hábiles maniobras, burle vigilancias exquisitas y persecuciones injustas.

Además, posee infinitos recursos, y como bestia cosmopolita, que igualmente se adapta a la civilización y al salvajismo, posee vastos conocimientos de diversos ramos, de modo que es ingeniero, y sabe abrirse paso por entre paredes y tabiques para explorar nuevos mundos; es arquitecto habilísimo, y se labra grandiosas residencias en los sitios más inaccesibles; en los huecos de las vigas y

en los llanos de los tapiales; es gran navegante, y sabe recorrer a nado largas distancias de agua, cuando su espíritu aventurero le obliga a atravesar lagunas y ríos; se aposenta en los buques, dispuesto a comerse el cargamento si lo dejan, y a echarse al agua en la bahía para tomar tierra si lo persiguen; es geógrafo tan consumado, que no hay tierra que no explore ni región donde no haya puesto su ligera planta ni fruto que no haya probado ni artículo comercial en el que no haya impreso el sello de sus diez y seis dientes; es geólogo insigne y audaz minero, pues si advierte que no disfruta de grandes simpatías a flor de tierra, se mete allí donde jamás respiró pulmón humano, y construye bóvedas admirables por donde entra y sale orgullosamente, comunicando casas y edificios, huertas y fincas; y por último es gran guerrero, porque además de que posee mil habilidades para defenderse de sus enemigos naturales, cuando se encuentra acosado por el hambre, en días muy calamitosos, reúne y organiza ejércitos, ataca al hombre y, al fin, si no halla medio de salir del paso, estos ejércitos se arman unos contra otros, embistiéndose con todo coraje como táctica, hasta que al fin el vencedor vive a costa del vencido.

BENITO PÉREZ GALDÓS.



TODO POR TI



Tu buena madre es el hada maravillosa que vive pensando en hacerte feliz.

Tu buena madre teje sobre tu hermosa cabecita la tela de sus ilusiones.

Está siempre junto a ti. Sólo ella conoce tu lenguaje y lee claramente en la dulzura de tu mirada.

Su sencillo corazón comprende, como tú, las cosas más bellas del mundo.

Dirige con mano suave tus pasos en la vida; consuela con palabras dulces tus lágrimas y busca para ti todas las alegrías.

Tú eres el único objeto de su vida.

Ella trae de los lejanos talleres, donde los obreros trabajan, para ti, las telas con que te abrigas. Te da el alimento que en los campos recoge, para ti, el vigoroso sembrador. Te adorna con las flores de la inteligencia que, por ti, han cultivado los maestros. Te canta las dulces y tiernas canciones que, para ti, han escrito los poetas.

Si tus rosadas mejillas palidecen, ella busca la flor maravillosa que los sabios, que estudian por ti, han encontrado para devolverte la salud.

Tu buena madre es el hada maravillosa que vive pensando en hacerte feliz. Para ella, el mundo eres tú, y para ti es, según ella, todo lo más bello que se produce en la tierra.



PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
dormido en tu regazo, madre mía,
sobre mi frente pálida sentía,
el beso de tu amor, sublime, tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
como un eco del cielo desprendido,
anidaba su música en mi oído
para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
mis ojos ¡ay! acariciando abría;
y al levantar los párpados veía
el rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angelical sonrisa
risó por mí tu venerable frente,
como clara y purísima corriente
besada por el soplo de la brisa

Soñé... más ¡ay! que al despertar del sueño,
me hallé muy lejos del hogar amado,
y tan solo en mi espíritu grabado
tu semblante purísimo y risueño.

¡Ah! yo soñaba despertar contigo
madre de mis hermanos, madre mía,
y me hallé que en un páramo dormía
bajo el cañón del bárbaro enemigo.

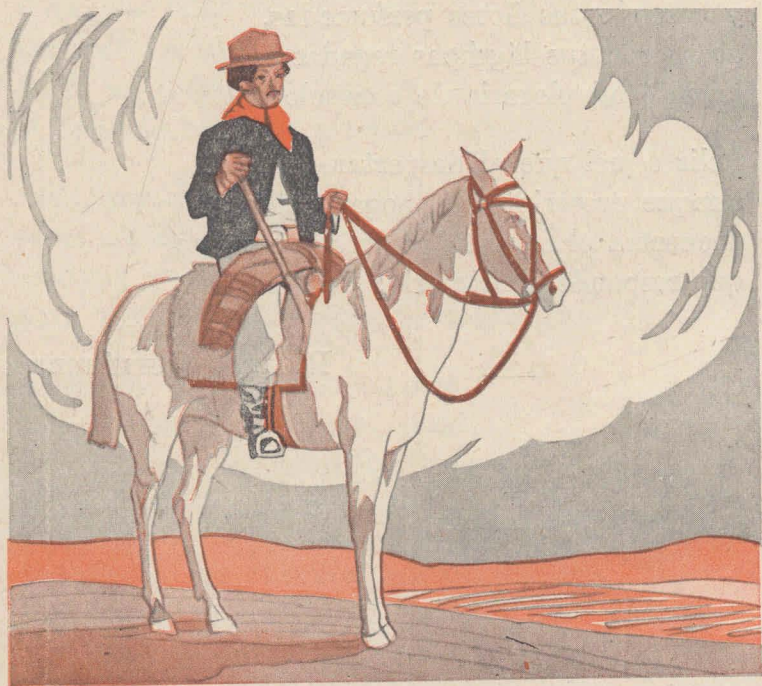
Alzando entonces la mirada al cielo,
y besando tus flores perfumadas,
acaso con tus lágrimas regadas,
levanté mi plegaria de consuelo:

Feliz aquel que al despertar del día,
aunque proscripto del hogar paterno,
encuentra el corazón profundo y tierno
que responde al llamarle: ¡madre mía!

RICARDO GUTIÉRREZ.



NOBLEZA INCITA A NOBLEZA



Aquel era un caballo de hermosísima estampa.

Se cuenta de un paisano que ambicionaba tener el caballo de uno de sus vecinos. Aquel caballo era rápido en la carrera, resistente a la fatiga y de hermosísima estampa.

En múltiples ocasiones trató de comprarlo ofreciendo una fuerte suma, pues era rico, pero su vecino, con ser pobre, nunca quiso venderlo.

Lo que fué un deseo pasó entonces a ser un capricho. El hombre rico habría de conseguir aquel caballo, costase lo que costase. Y puesto que el dinero no era llave que pudiese abrir aquella puerta, decidió recurrir a la siguiente astucia. Disfrazose un día de pobre y sabiendo cual era



.. circunstancia que aprovechó el otro para saltar sobre el caballo y alejarse a escape.

el camino que solía recorrer su vecino, dejose caer en él, simulando gran postración.

Cuando llegó el jinete y vió un hombre en el suelo, apresurose, compasivo, a socorrerlo. Apeose rápidamente

y fué a su encuentro, circunstancia que aprovechó el otro para saltar sobre el caballo y alejarse a escape.

Pero volvió a poco sobre sus pasos, deseoso de saborear el éxito de la treta.

— No quisiste venderme el caballo — díjole — Ya lo ves; ahora lo tengo sin que me haya costado un solo centavo.

— Bien está — contestole el otro — pero cuida de no jactarte de esa hazaña ante terceros. Cállala.

— ¡Tanta vergüenza te da la burla?

— No es eso — expresó el buen paisano — Comprenderás que si se divulga la que has hecho, todo caminante que encuentre en su ruta a un ser desvalido, seguirá de largo sin prestarle ayuda, temeroso de que, bajo la capa de un pobre necesitado, se esconda un pícaro como tú.

Tanta generosidad conmovió al rico, quien, bajando del caballo dijo: Toma tu caballo, que está en buenas manos; dame, en cambio, la tuya, para que la estreche como se estrecha la de un amigo.

Adaptación.





Cuando pensamos en ciertos países lejanos.....

EXPLORADORES

Cuando pensamos en ciertos países lejanos, nos asalta el afán de ir a conocerlos, a explorarlos, y ese afán crece si se trata, por ejemplo, de Africa.

La naturaleza es allí exuberante, los árboles gigantes, los animales que la pueblan, de gran tamaño y muchos de ellos feroces.

Todo eso es muy bello para ser imaginado, pero de muy difícil realización. En cambio, es posible llevar a cabo otras exploraciones, no menos interesantes que aquellas.

¿Cuántos de los que sueñan con aquellos viajes, un tanto fantásticos, se han dado a pensar en lo mucho que hay que explorar y descubrir en nuestra patria?

Pero ¿hace realmente falta emprender largos viajes para ser explorador? ¿Conocemos lo que nos rodea?

El más sencillo paseo por el campo nos depara la oportunidad de investigar cientos de cosas que, en realidad, nos son desconocidas. La tierra que pisamos ¿qué contiene? La planta que crece a la vera del camino y alegra nuestros ojos con sus flores celestes ¿cómo se llama? ¿Es útil o perjudicial al hombre? Ese insecto de alas polícromas que cruza el aire y se pierde entre el verde de la

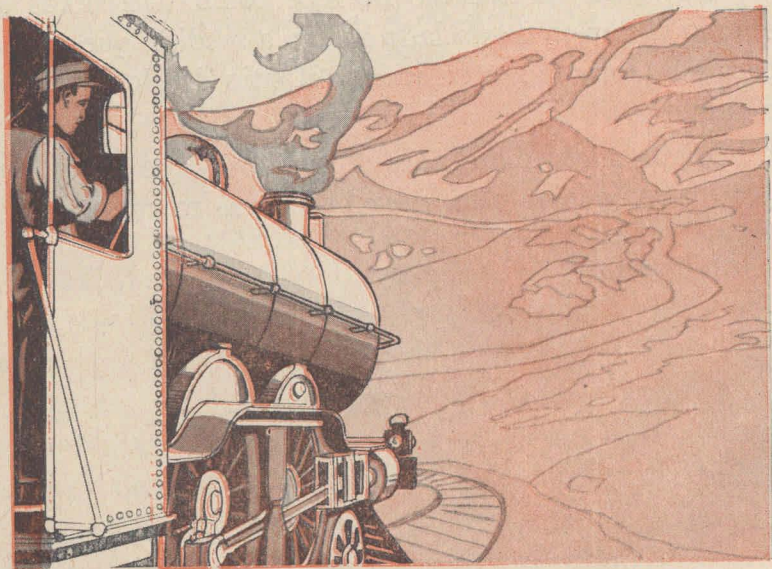
huerta ¿no será uno de esos terribles destructores que va a depositar sus huevos entre las hortalizas para que sus hijuelos tengan alimento abundante cuando nazcan?

Recojamos ese caracol que se arrastra trabajosamente y veamos donde tiene los ojos. No los encontrais ¿verdad? Fijaos ahora en la punta de sus cuernos. ¿Los veis ahora? Sí, allí están, al extremo de esos como telescopios que el animal mueve de un lado a otro a medida que avanza, para descubrir mejor su ruta y el sitio donde encontrará su alimento.

¿Comprendeis ahora porqué os decía que no es necesario ir muy lejos para descubrir cosas maravillosas?



LOS QUE SABEN VER



El tren sube trabajosamente una cuesta.

Vamos hacia el norte.

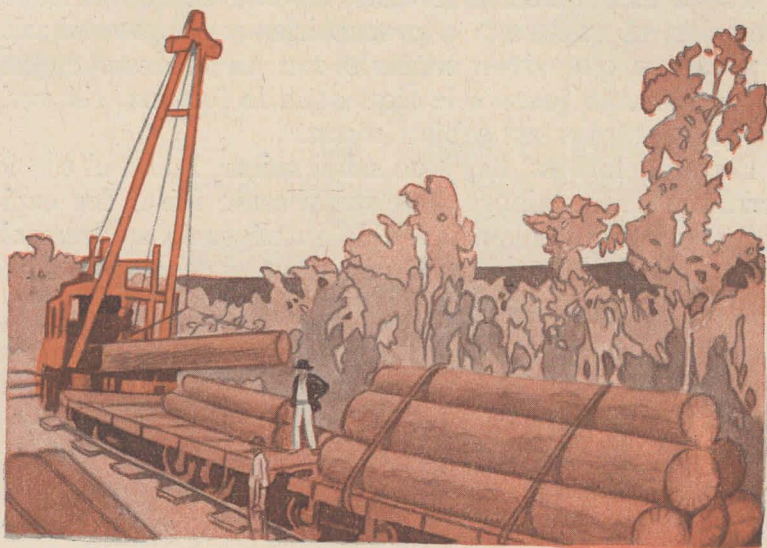
El tren que nos conduce sube trabajosamente una cuesta. Estamos entre cerros, camino de Salta.

Los pasajeros miran por las ventanillas el hermoso panorama. ¿Qué ven?

Los más, árboles, arroyos y sierras.

Otros, ven esos mismos árboles, pero piensan cómo transformarlos en vigas y tablones, con los que se fabricarán luego casas y muebles.

Esos otros observan los arroyos, los siguen con la imaginación hasta que vierten sus aguas en el lejano río, y piensan que esas aguas se pueden encerrar en diques, para regar tierras donde las lluvias son escasas.



Otros ven esos mismos árboles, pero piensan en cómo transformarlos en vigas y tablones.

Esos mismos ven el suelo cubierto de arena, de arcilla y tal vez de piedras calcáreas. ¿Cuántos millones de ladrillos se podrían fabricar con esas substancias al lado de las cuales pasa, indiferente, aquel que soñó alguna vez en ir al Africa a explorar lo desconocido?

¿Y aquel pantano? No ocultará bajo su superficie tranquila vegetales fosilizados, que son un combustible de primer orden?

Los cerros son verdaderas incógnitas. ¿Qué contendrán en sus entrañas? ¿Hierro, plomo, estaño, oro, plata?

¿Y qué decir de las plantas que crecen por cientos de miles? ¿No servirán algunas de ellas para fabricar tejidos, para hacer caucho, para preparar pasta de papel?

Todas esas materias primas esperan al verdadero explorador, al que vaya a descubrirlas y a aprovecharlas.

¡Cuántos, que viven soñando con un modesto empleo, habrán pasado junto a la riqueza, a la fortuna, sin verla, porque sus ojos no sabían mirar!

Porque, claro es, hay que saber mirar, no en el sentido corriente de la palabra, sino mirar como miran los exploradores: con inteligencia. Y la inteligencia se desarrolla con el estudio. Lo primero que tiene que hacer el explorador, es, pues, estudiar.

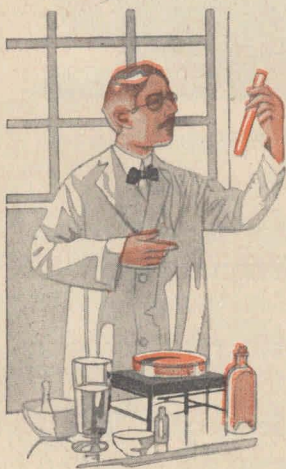


EXPLORANDO Y DESCUBRIENDO

No todos los exploradores o descubridores se lanzan por esas tierras de Dios para lograr sus propósitos. Algunos lo son sin moverse de su casa. Trabajan detrás de una mesa. Ese es su campo de exploración.

¿Cómo operan? Observadlos.

He ahí uno que está rodeado de frascos y tubos de vidrio. Mezcla líquidos diversos y sustancias extrañas. Tan absorto está en su tarea, que no ve ni oye lo que pasa a su alrededor. Es un químico, egresado de una de nuestras casas de estudio. Busca algún remedio nuevo para aliviar los males de la humanidad o, tal vez, alguna sustancia con la que sea posible fabricar, a bajo precio, artículos hoy costosos.

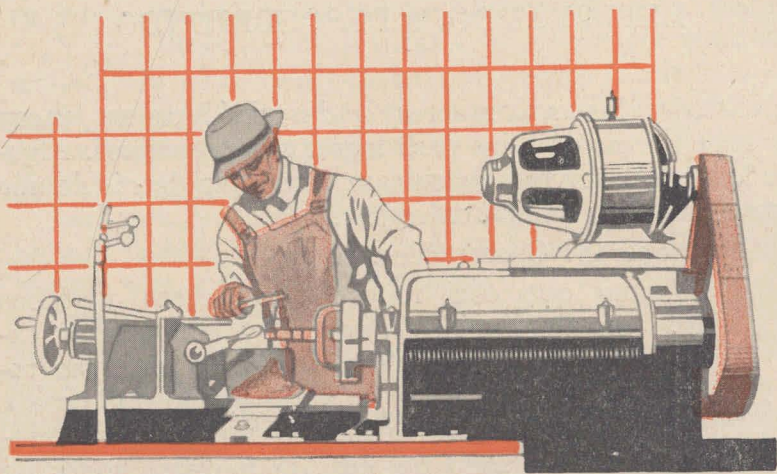


Busca algún nuevo
remedio...

Aquel otro vive entre pilas, acumuladores y alambres de cobre. Es un ingeniero electricista. Estudia todo lo relacionado con nuestro alumbrado o con el servicio de telegrafía y telefonía que tantos beneficios nos presta.

Aquí cerca tenemos otro ejemplo.
Es un anciano.

Sobre el amplio papel que cubre su mesa, traza líneas y más líneas. De vez en cuando amontona una serie interminable de números y hace cálculos.



Vive entre motores, pilas y acumuladores.

Ese hombre está haciendo los planos de una nueva máquina, una de esas máquinas que alivian el trabajo de nuestros obreros.

Miremos ahora a aquel joven que observa a través de algo así como un anteojo.

Está investigando, con ayuda del microscopio, lo muy pequeño, lo que para ser visto, necesita un aumentado de centenares de diámetros: los llamados microorganismos.

Ese joven estudia en este momento una larva del mosquito cuya picadura origina la fiebre palúdica, enferme-

dad que causa tanto daño en las provincias del norte, en el Chaco, Formosa, etc.



Haciendo los planos para fabricar una máquina, la que aliviará el trabajo de nuestros obreros.

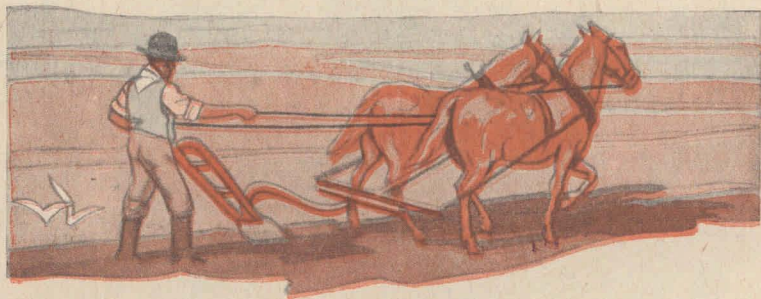
Tal vez ese estudio lo lleve a encontrar el remedio eficaz contra aquella enfermedad.

Detengámonos. ¿Para que ir más lejos?

Podríamos ir al gabinete del médico, del físico, del arquitecto, a los laboratorios de las fábricas, y ver como se explora allí, como se investiga, pero con lo visto ya nos basta.



EL AGRICULTOR



El labrador está roturando aquella tierra, hasta entonces, virgen.

La llanura se extiende ante nuestros ojos. Cardos aquí, paja brava más allá y yuyales por doquier.

En un rincón de aquel campo divisamos un punto oscuro que se mueve y avanza. Cuando la distancia lo permite, vemos que es un arado. El labrador está roturando aquella tierra, hasta entonces virgen.

Esto es lo que vimos en el mes de mayo.

Volvemos a aquellos parajes en diciembre.

El pajonal y los cardos no existen ya; en su lugar ha crecido un trigal, ahora en plena madurez.

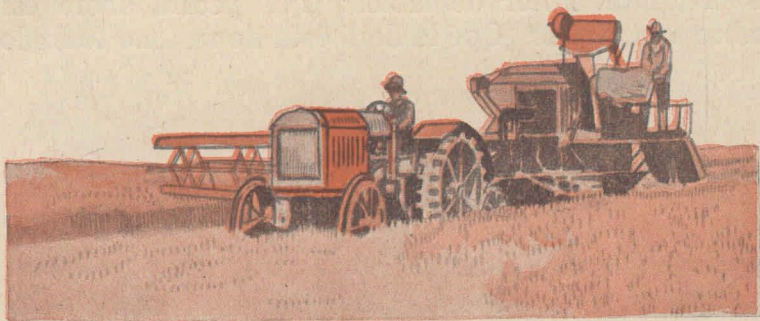
En siete meses, aquella tierra, antes improductiva, está dando cientos de toneladas de pan, en forma de trigo.

¿No os parece que aquel hombre que roturó la tierra es también un descubridor de riqueza?

Aquella tierra encerraba en su seno elementos nutritivos en abundancia. Hasta entonces los aprovechaban plantas inútiles; ahora los absorben las valiosas gramíneas con las que el hombre de todos los tiempos ha preparado su sustento diario.

La riqueza estaba allí. Cientos y cientos de personas cruzaron aquellos campos sin preocuparse de ella. No la vieron o no le dieron importancia.

Llegó uno, más decidido, más pujante, y la puso de manifiesto.



La trilladora en plena tarea.

Por grande que sea la riqueza, si no se la ve, o si viéndola, no se explota, es riqueza inexistente y vale menos que un puñado de arroz en la mesa del pobre.

Pero volvamos a aquellos campos.

Han pasado cuatro años. Corre el mes de enero.

El trigo ya ha sido cortado y descansa en altas parvas. Eso no nos llama la atención, pero sí, manchas verdes, de forma simétrica, que antes no existían. Son, vistos de cerca, montes de frutales.

Llegamos justamente en el momento de la recolección.

¡Qué abundancia de duraznos, peras y manzanas!

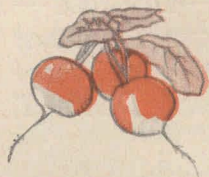
¡Y qué belleza la de esos ejemplares!

El labrador a quien vimos sembrando trigo, cuatro años ha, no se cruzó de brazos. Pidió a la madre tierra algo más. Y ella, siempre pródiga, siempre generosa, se lo ha dado sin regateos, como premio, tal vez, a su esfuerzo, a su constancia, a su laboriosidad.

¿Volveremos a visitar estos campos? ¡Quién sabe! Al alejarnos por segunda vez de ellos, lo hacemos con una pregunta a flor de labios: ¿qué pedirá ahora este hombre a la tierra? ¿Qué le dará ésta de su seno fecundo?



LA TIERRA



Ahora voy a hablaros de dos investigadores a quienes se les ha metido entre ceja y ceja explorar la tierra. Pero no la Tierra, con letras mayúsculas, sino la tierra que hay en el fondo de su casa. El muchacho ha plantado hortalizas; su hermana, flores.

— Y la exploración ¿dónde queda? — me preguntareis.

Ahí está el mérito de la simpática pareja de que os hablo. Ellos entienden que en esos pocos metros cuadrados de tierra existe un amplio campo de exploración. Yo también. Veamos porqué.

Un día, después de preparar la tierra con la azada y el rastrillo, desparramaron unos granitos diminutos. Los había de diversas formas, tamaños y colores, pero todos ellos tenían un aspecto común: eran cosas muertas, cosas inertes.

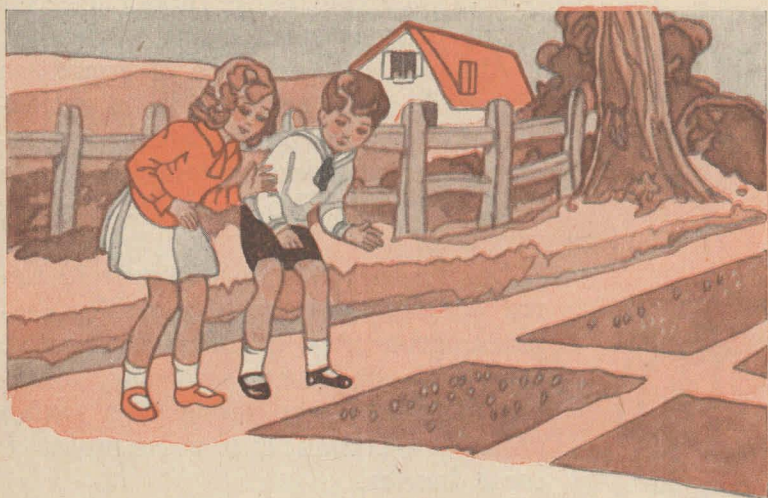
Cubrieron los granitos con tierra, dieron un riego abundante... y a esperar lo que va a ocurrir.

Ocurrió lo que ya supondreis: aquellos granitos, que eran semillas, germinaron. Aquí nacieron lechugas, más allá rabanitos; en aquel otro cantero espinacas y tomates.

En cuanto a la labor de la niña, dió pensamientos, alelíes, amapolas y algunas otras plantitas más.

Y ahora escuchemos a los dos hermanos, en una de sus conversaciones de exploradores.

— ¡Observaste qué poca diferencia había entre las semillas de los rabanitos y las de la lechuga? — dice José — Y sin embargo ¡qué distintas son unas y otras plantas! Esos granitos duros tenían vida, aunque no la veíamos. La humedad y la tierra los despertó de su sueño. ¿Y



Los dos simpáticos exploradores de la tierra.

cómo explicar que chupando jugos de esa tierra, salgan plantas tan diferentes?

— ¡Y qué me dices de la diversidad de flores que yo he logrado? — contesta Magdalena — ¡Cómo esos jugos de la tierra se han transformado en tan hermosos colores como los que lucen mis alelíes o mis pensamientos?

— Los porotos que planté — explica José — ya han echado guías, esos filamentos a manera de ganchos con los que se prenden al tutor que les puse cerca y que les permite elevarse para tomar sol. ¿Cómo sabe la planta que sus frutos, las vainas que encierran los porotos, necesitan buen sol para madurar bien?

— Las flores de los pensamientos — interrumpe Magdalena — buscan siempre el sol. Donde mejor se observa esto es en el mirasol que plantó mamá. ¿Has visto cómo gira suavemente siguiendo a aquel astro en su trayectoria, presentándole su hermosa faz amarilla?

Los niños siguen conversando sobre el asunto y nunca terminan, porque cada día, cada hora, les depara una nueva observación, una nueva sorpresa. Están explorando la tierra, tratando de comprender sus secretos y los secretos de la vida de los vegetales.



EL RACIMO DE UVA



En la vieja parra queda un solo racimo.

En la vieja parra que cubre el patio de la casa, no queda más que un racimo de uvas. Es, sin duda, el más hermoso de todos los que aquella vid había producido hasta entonces. Sus granos dorados y jugosos llamaban la atención.

— Arrancaré el racimo y lo colocaré dentro del pozo — pensó la madre. — Cuando mi hija se despierte de la

siesta, lo hallará limpio y fresco. Las uvas son muy buenas para la salud y a mi hijita le vendrán muy bien.

La laboriosa madre hizo en menos de un minuto lo que había pensado. Cuando Sarita despertó, la madre corrió a traerle el dorado y fresco racimo. La niña agradeció con un sonoro beso el regalo y le pidió a su mamá que probara algunas.

— No, hija mía; quiero que sean todas para ti.

Y mientras la madre continuaba infatigable las tareas de la casa, Sarita se dispone a saborear los dulces y jugosos granos.

Probó uno y lo halló tan fresco, tan blando, tan agradable, que le pareció que nunca había comido uva más sabrosa.

Fué entonces cuando se acordó que su hermano Carlos, a quien tanto gustaban las uvas, estaría secándose las gruesas gotas de sudor que siempre producen los pesados trabajos del campo. Sarita quedó un momento pensativa; envolvió el hermoso racimo en un papel y corrió a llevárselo a su hermano.

— Toma, Carlos — le dijo — esto te refrescará y te permitirá continuar trabajando con más descanso.

El fuerte muchacho agradeció el obsequio, y cuando la niña se despidió de él cariñosamente, se acercó a su padre, que araba un campo vecino, y le dijo.

— Padre: a ti, que ya eres viejo y trabajas todavía tanto como yo, pertenece este apetitoso racimo. Descansa un momento y cómelo tranquilamente.

El anciano labrador miró satisfecho a su hijo y le contestó:

— Nosotros somos hombres, somos fuertes y estamos acostumbrados a las fatigas. Guardemos estas dulces y doradas uvas para tu laboriosa madre. La tarea que realiza una madre no se puede comparar con ningún otro trabajo. Se pondrá muy contenta cuando vea que nos hemos acordado de ella.

Cuando, por la noche, la madre recibió el racimo de uvas, miró tiernamente a sus hijos y a su esposo y exclamó:

— Benditos sean los hijos que se acuerdan de los padres.

Adaptación.



EL MANANTIAL

Entre espadañas, mirto y romeros,
en calurosa tarde estival,
hicieron alto los tres viajeros
ante las aguas del manantial.

Robles gigantes le daban sombra,
césped florido formaba alfombra
junto al venero murmurador;
y el agua clara, corriendo pura,
prestaba al campo dulce frescura,
hojas al árbol, vida a la flor.

Su sed calmaron los caminantes;
y a los fulgores agonizantes
de la serena tarde estival,
escrita vieron esta sentencia:
“Procura siempre que tu existencia
sea como agua de manantial”.

—No es mal consejo — dijo el más mozo —
y al comprenderlo, siento que el gozo
llama a las puertas del corazón;
como el arroyo se trueca en río,
correr el hombre debe, y con brío
hacerse grande por la ambición.

—Es buen consejo —dijo pausado
otro viajero grave y honrado.

Hay que ser puros para vencer.

Como las fuentes son las criaturas,
y almas y linfas han de ser puras
si cual espejos han de esplender.

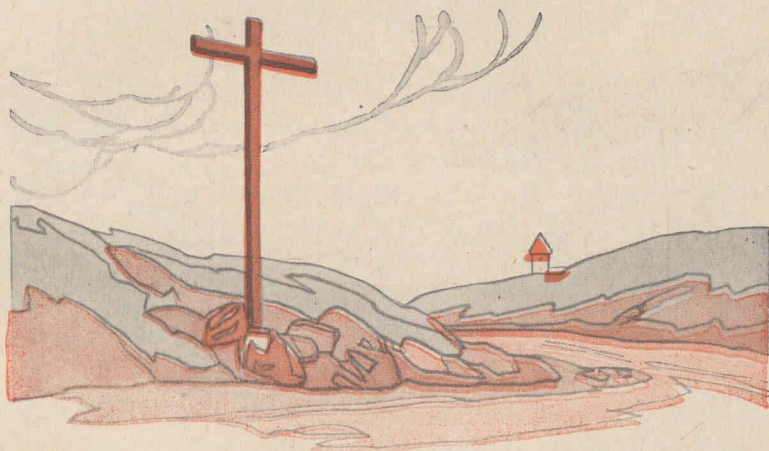
—¡Noble enseñanza! ¡Sabio consejo!—
Dijo el viajero caduco y viejo.

—La sed templemos y, en odio al mal,
el bien hagamos con ansia inmensa,
sin esperanzas de recompensa...
como las aguas del manantial.

LEÓN TOLSTOY



SIMBOLOS



La piedad de los hombres colocó esos dos maderos cruzados.

Vamos por el campo.

A un lado del camino hay una cruz.

¿Qué poder extraño ejerce sobre nosotros?

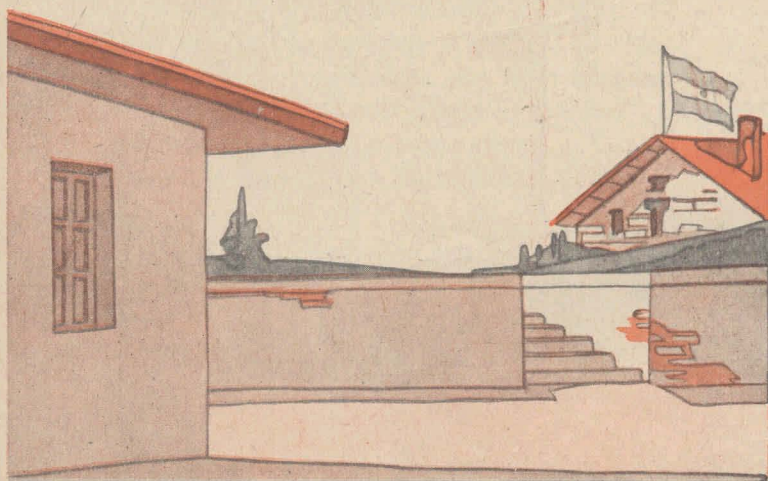
Observad. Todo caminante que pasa se descubre ante ella con respeto.

La piedad de los hombres colocó esos dos maderos cruzados para indicar que bajo su amparo descansan los restos de alguien que murió.

Aquella humilde cruz los protege como no los protegería una muralla de granito. ¿Sabeis por qué?

Porque aquella cruz es un símbolo. Y ese símbolo evoca la figura sublime de Jesús, que vive en el corazón de los hombres con vida tan real como si estuviese allí, hablando y prodigando sus enseñanzas de amor, de caridad y de fraternidad.

Sigamos nuestro camino.



La brisa de la tarde agita los pliegues de ese lienzo y se nos figura una mano amiga que nos da la bienvenida.

Allá, a la distancia, percibimos un modesto edificio. Al frente, ondea un trozo de lienzo.

La brisa de la tarde agita los pliegues de ese lienzo, juguetona, y se nos figura una mano amiga que desde lejos nos da la bienvenida.

Ese lienzo es otro símbolo. Es nuestra bandera.

¿Qué nos dice?

Ante todo nos habla de unión.

—Sois hijos de una misma madre; sois, pues, hermanos. Esa madre es nuestra patria y sois hermanos porque sois argentinos.

Ese doble lazo nos ata para toda la vida y nos une en las alegrías y en los dolores.

Y así como el niño se siente amparado por su madre, así el argentino se siente protegido por aquel símbolo que representa a su patria.

Como el cristiano ante la cruz, así el argentino se descubre ante su bandera con amor y con respeto. No ve en el lienzo bicolor un simple trozo de tela que ondea; ve con la imaginación un país grande. Pero no solamente grande por su extensión, sino por su historia, llena de heroísmos, de abnegación. Grande porque es cuna de libertad; grande porque en ella vive feliz con los suyos; grande, muy grande, sencillamente porque es su patria.



vi desde lejos el campanario de nuestra capillita, que emergía entre las lomas.



EL SUELO NATAL

¿Qué es lo que me hace amar el suelo donde nací? ¿Qué fuerza extraña me atrae desde ese rincón donde pasé mis primeros años? ¿Será la casa paterna con su diminuto jardín, con su modesta cocina donde se reunía la familia en la santa paz de las comidas, no siempre abundantes? ¿Será tal vez el recuerdo de mi madre, siempre serena, siempre cariñosa y siempre atareada? ¿O será el de mi padre, tan bueno y tan reflexivo?

Cuando regresaba a aquel, mi pueblo, después de prestar el servicio militar en la ciudad de Córdoba, vi desde lejos el campanario de nuestra capillita, que emergía entre las lomas.

¿Quereis creerlo? Me pareció oír la voz de su campana festejando clamorosa mi llegada.

¡Dulce ilusión! No era la campana la que sonaba; era mi corazón que corriendo hacia aquel rincón querido, golpeaba fuerte, muy fuerte en mi pecho, como diciendo: ya llegamos, ya llegamos... ¡Alégrate!

Y ya más cerca, vi aquel camino polvoriento que tantas veces recorriera como muchacho al ir a la escuela, y me pareció una larga y hermosa avenida, tal como no

viera otra en aquella grande y populosa ciudad que había dejado poco antes.

¡Oh, mi querido pueblecito perdido entre los cerros, con sus ranchos de adobe y sus cercos de tuna! ¡Cómo me sabes a gloria y cuán grande y cuán hermoso te veo con los ojos del alma!

He corrido por el mundo; he visitado las más grandes, las más hermosas ciudades, pero tú, con ser tan pobre, tan chiquito, sigues siendo para mí el más grande y el más hermoso rincón de la tierra.

Eres mi pueblo.



EL HOGAR DE TODOS



En cierta ocasión tuve que emprender un viaje a Carmen de Patagones, al sur de la provincia de Buenos Aires.

Tres días antes del fijado para la partida, se me acercó mi mujer y, un tanto cohibida, me dijo:

— Desearía que me enseñases a manejar el revólver.

— ¿Para qué quieres aprender ese manejo? — le contesté sin reflexionar.

— ¿Olvidas tu viaje y que yo quedo sola con los chicos?

Comprendí. Hablaba la madre. Ella, a quien antes horrorizaba la sola vista del arma, había perdido todo temor.

Era la madre que se preparaba para defender a sus hijos.

Ahora pensaba en sus hijos y se preparaba para defenderlos.

Desde la primera lección empuñó el revólver con decisión, sin miedo. Su ademán y sus ojos expresaban una insospechada energía. Era como si ya se viese frente al desconocido que entraba a nuestra casa para arrebatarse esos dos seres a quienes ella quiere más que a su propia vida.

Durante el viaje pensé más de una vez en aquella escena, y por asociación de ideas, recordé mi vida de conscripto.

En el cuartel me instruyeron en el manejo de las armas. ¿Para qué?

Ahora lo comprendía mejor.

Con su pedido, mi buena esposa me había dado la más sencilla, la más clara de las explicaciones: para defender el hogar de todos: nuestra patria.

— Nunca hemos buscado la guerra — me dije — por el contrario; somos amigos de la paz. Pero, ¿si nos atacasen? ¿Cómo, sin preparación, habríamos de defendernos con éxito?

Evoqué el pasado. Nuestros soldados, desde los primeros que empuñaron el fusil, allá, cuando las invasiones inglesas, siempre lucharon por una causa noble.

Si algunas vez tomamos las armas fué para ayudar a los que sufren, porque el alma de nuestro pueblo, grande y generosa, sufre con el sufrimiento de sus hermanos.

Hay pueblos que hacen la guerra con propósitos de conquista; nosotros, cuando la hicimos, fué para sostener al débil, para ayudar al angustiado.

Nuestros oídos fueron sordos para los gritos brutales del que utilizó las armas para subyugar; hemos oído, en cambio, las voces de los que clamaban por su libertad.

Y así como mi esposa dormía ahora tranquila, sabiéndose fuerte para defender a su hogar y a sus hijos, así yo me sentí tranquilo, sabiendo que en nuestro ejército se adiestran los jóvenes para aprender cómo se defiende a la patria.



NO MIENTAS NUNCA

Tras larga y fatigosa jornada, un sediento leñador se aproximó a un torrente. Mientras calmaba la sed, su hacha, de reluciente acero, cayósele al agua.

Trató de recuperarla, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Esa hacha era su indispensable herramienta de trabajo; su única riqueza; todo su tesoro.

Desesperado por la pérdida, se sienta sobre un peñasco, y rompe en amargo llanto.

De pronto, en medio del torrente, surge una claridad azulada y esplendorosa. El campesino cree ver, entre esa luz vaporosa y suave, un ser de extraordinaria belleza. Es la diosa de las aguas.

El humilde leñador piensa que delira; siente impulsos de huir; pero fascinado, cae de hinojos.

La misteriosa aparición se le aproxima lentamente. Luce en su diestra una hermosa hacha de oro que despide extraños fulgores.

—No desesperes, buen hombre —le dice la diosa de las aguas. Y ofreciéndole la brillante joya, agrega:— Toma tu hacha.

Gozoso y asombrado, el rústico examina aquella preciosa herramienta unos breves instantes. La devuelve, luego, a la misteriosa aparición diciendo:

—Esta hacha no es la mía.

—Esta es, sin duda, la tuya —le responde la diosa, mostrándole otra de centelleante plata.



¿Es ésta tu hacha?

— Tampoco es la mía — contesta tímidamente el hombre.

Entonces la fantástica aparición le muestra su hacha de reluciente acero.

— Esa es la mía, — se apresuró a decir el honrado leñador, mientras brilla en sus ojos un rayo de esperanza.

— Eres tan honrado que ni la codicia te ha hecho mentir. Tú serás siempre un hombre bueno. Guarda como recuerdo esas tres hachas — le dijo la diosa de las aguas, y desapareció.

Un envidioso leñador que oyó maravillado el relato de lo acontecido, resolvió conseguir igual riqueza.

Fué al ya famoso torrente y, sin querer queriendo, dejó que su hacha se hundiera en las aguas.

Simulando un pesar que no sentía, se echó sobre una roca a llorar sin consuelo.

No se hizo esperar mucho tiempo la diosa de las ondas.

— ¿Por qué lloras así? — preguntó afablemente al hipócrita.

— ¡Mis hachas! ¡Oh, dolor! ¡He perdido mis hachas!

— No te desesperes. Yo te las traeré — Y en un abrir y cerrar de ojos tornose al agua. Volvió al instante y...

— ¡Serán estas, acaso? — dijo al mal simulador.

— ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Estas son...! y otras más, de acero bien luciente.

Extendió sus manos con presteza para apresar el tesoro; pero la misteriosa y errante visión se desvaneció para siempre y con ella las hachas de oro y plata.

Adaptación.

INVIERNO



Por culpa de un fuerte resfrío he estado encerrado toda la semana. Hacen unos días terribles de viento y llovizna.

Pegado a los cristales de la ventana, me paso las horas muertas mirando la calle mojada. La gente va y viene

apresuradamente, apretándose contra los edificios para buscar reparo, inclinada la cabeza y caminando con cautela para no resbalar en el fino barro que cubre el pavimento.

El viento del sudeste sacude con fuerza las ramas ya sin hojas, y todo aparece envuelto en la niebla gris de la garúa. Es la época en que la naturaleza descansa; es la larga noche en que la vida duerme bien abrigada bajo la tierra húmeda.

Sintiendo el aire tibio que me envuelve, pienso en todos aquellos que, sin ropas para abrigarse y sin hogar donde recogerse, tienen que desafiar las inclemencias de días como éstos. Con ellos el invierno es duro y cruel.

P. OSCAR TOLOSA.



AVES MARINAS

— ¿Dónde viven estos bichos tan raros y ridículos?

— En las costas de nuestra Patagonia son abundantísimos. Ahí se les puede cazar sin mucho trabajo porque no saben volar y andan sobre la tierra con gran dificultad.



— Pero, ¿son aves, acaso?

— ¿No ve usted que tienen el cuerpo cubierto de plumas, y pico, alas y dos patas?

— Tiene razón. ¿De manera que son ovíparos?

— Como todas las aves. Estos cómicos habitantes de las regiones heladas son excelentes padres de familia. Cuidan con gran esmero a su pequeñuelo y se sacrifican para protegerlo. Digo “a su pequeñuelo” porque generalmente las

pingüinas ponen un solo huevo. Cuando la cría puede andar, padre e hijo se van de paseo por la llanura helada, el uno al lado del otro, marchando como dos serios personajes.

— Es cierto. Como caminan muy derechos, parecen hombrecitos.

— Efectivamente. Los pingüinos, vistos de lejos, causan la impresión de ser enanitos ventrudos, lentos y ceremoniosos. Su posición vertical, el blanco color de sus abultadas panzas, la falta de cuello y el negro ropaje de su dorso y sus alas, dan a los pingüinos la apariencia de minúsculos caballeros. Parecen señores muy serios y graves, vestidos de frac, con la pechera descotada, a los que sólo falta un sombrero de copa para asistir a una función de gala.

— Debajo de sus cortas alitas podrían colocarse el bastón.

— Si pudieran usarlo, lo llevarían de buena gana; así no andarían bamboleándose y dando tumbos a cada instante. Los pobrecitos son tan torpes que únicamente en el agua se mueven con facilidad.

— ¿Toman baños de mar, esos señores?

— Por necesidad. En las aguas del mar, mejor dicho, del océano Atlántico, encuentran su alimento y el de sus pequeñuelos.



LA INFANCIA

Cielos azules,
nubes de nácar,
limpios celajes
de oro y de grana;

Campos floridos,
verdes montañas,
valles amenos,
cumbres lejanas;

Ricos paisajes
de sombras vagas
que misteriosos
pinceles trazan;

Luces que vienen,
luces que pasan,
nidos que pían,
aves que cantan;

Angeles bellos,
de blancas alas,
suelos de oro,
cuentos de hadas;

Días risueños,
noches calladas
en que discurren
negros fantasmas;

Ecos del aire,
voces del agua,
vagos perfumes
de esencia varia;

Mucha alegría,
mucho esperanza,
poca tristeza
y algunas lágrimas;

Esa, hijo mío,
flor de mi alma,
esa es tu vida,
esa es tu infancia.

JOSÉ SELGAS



Entonces aquella buena hada satisfizo todos aquellos deseos.

LA FELICIDAD

Un hombre muy rico, que iba de viaje, llegó en cierta ocasión a una hermosísima ciudad edificada a orillas del mar azul.

Cerca de la playa vió un magnífico palacio, rodeado de bellísimos jardines. Y el hombre rico pensó: ¡qué feliz sería si este palacio llegase a ser mío!

En aquel palacio vivía una joven señora, linda como la primavera. Desde uno de los muchos balcones de su casa miraba hacia la playa y no podía apartar los ojos de una niña de cabellos rubios que corría de aquí para allá, detrás de su arco. Y la joven señora suspiraba: ¡si pudiese tener una nena como esa!

La niña de los cabellos de oro miraba de vez en cuando a las muñecas que había llevado para vender un viejecito rengu, y se decía: ¡si pudiese comprar la muñequita de vestido verde!

Y el viejecito rengu, que adivinaba los deseos de la niña, pensaba: ¡ojalá llegue el padre de esta nena y me compre la muñeca!

Pasaba en aquel momento por esos parajes un hada, pues esto ocurrió cuando todavía andaban hadas por este mundo. Adivinó tantos deseos y quiso darse el placer de hacer felices a esas personas.

Hizo, pues, que el hombre rico llegase a ser dueño del hermoso castillo; que la joven señora tuviese una nena como aquella de los cabellos de oro; que ésta tuviese la muñeca de vestido verde y que el viejecito rengó vendiese su mercancía.

Un mes después volvió el hada, y quiso saber algo de las personas a quienes había hecho felices.

Pero el hombre rico no se acordaba ya de su palacio ni la joven señora de la nena ni ésta de la muñeca. Todos ellos deseaban ahora algo nuevo.

La buena hada se alejó de aquellos lugares muy apenada. Y mientras se dirigía al lejano bosque, que era su morada, se decía: ¿podrán ser felices las personas que sólo dan valor a lo que no tienen?



EL POBRE Y LA FORTUNA



¡Cuidado! Mira que la bolsa está casi llena y reventará....

Un harapiento mendigo iba arrastrando su miseria de puerta en puerta. Llevaba sobre la espalda un viejo zurrón y pedía en cada casa un mendrugo o unos centavos para comprarlo.

Murmuraba de su suerte, y no comprendía como existían hombres que, poseyendo grandes riquezas, no estaban satisfechos.

—He aquí el dueño de esta casa, a quien bien conozco — se decía. — Fué siempre un activo comerciante y, desde hace mucho, es inmensamente rico. ¿Por qué no vende su comercio y vive disfrutando de su fortuna?

En vez de descansar se ha puesto a construir naves y a enviarlas, cargadas de mercaderías, a todos los continentes. Ambiciona acumular montañas de oro. ¿No sabe, acaso, que en el mar se desencadenan furiosas tempestades? ¿No teme que sus buques naufraguen y que sus riquezas vayan a parar al fondo del mar? Es que hay hombres cuya ambición es insaciable, y no se contentarían ni poseyendo todo el oro del mundo. En cuanto a mí, con solo tener lo suficiente para comer y vestir, quedaría satisfecho.

En aquel instante se le apareció la Fortuna y le dijo:

—¡Oye!, buen hombre; hace tiempo que tengo pensado favorecerte. Abre el zurrón; voy a echar en él un poco de oro. Pero te advierto que toda moneda que caiga al suelo quedará convertida en polvo. ¿Me entiendes?

—Sí, sí; he comprendido — dijo anhelante el pobre.

—Entonces, mucho tiento — advirtió la Fortuna. — Tu zurrón es algo viejo y te aconsejo que no lo llenes demasiado.

Un chorro de amarillas monedas cayó en la bolsa.

—¿Tienes bastante? — preguntó el hada.

—Todavía no.

—¿No comienza a romperse el zurrón?

—No temas.

Las manos del pordiosero comenzaron a temblar. ¡Ah, si el chorro de oro manara sin cesar... sin agotarse!

— ¡Eres ahora el hombre más rico del mundo! — le anunció la Fortuna.

— Un poquito más — dijo el mendigo — añade sólo uno o dos puñados. Serán para los pobres.

— ¡Cuidado! Mira que ya está lleno. Tu zurrón va a reventar.

— ¡Para los pobres! ¡Para los mendigos! ¡Una mone-dita más!

Se añadió una moneda más y la bolsa reventó por los cuatro costados. El tesoro cayó al suelo y al instante se convirtió en polvo.

La Fortuna lanzó entonces una carcajada y se desvaneció.

El harapiento mendigo quedó peor que antes, con el zurrón vacío y completamente estropeado.

Adaptación.





EL FIRMAMENTO

Magdalena contempla, extasiada, la oscura bóveda del cielo. Después de mirar largo rato, dice:

— Cada estrella es un sol ¿verdad papá?

— Así es, hija mía. Los que ves son como el que nos alumbra cada día. Si en vez de mirar como lo haces ahora te valieses de un telescopio, descubrirías tantos de esos soles, que no alcanzaría tu vida, por larga que fuese, para contarlos. Son varios millones.

— ¡Qué grande, qué inmenso debe ser el espacio!

— Sí; tan grande que no hay hombre capaz de imaginarlo. Y si nos maravilla su extensión, ¿qué decir del orden y de la armonía que reinan en él? Todos esos astros se mueven; cada uno recorre su órbita. Se diría que una mano invisible les está señalando la trayectoria que deben seguir.

— ¿Una mano invisible?

— Es una manera de decir. Mejor hubiese sido hablar de una inteligencia invisible.

— ¿Es que puede haber inteligencias que no sean invisibles?

— Tienes razón. La inteligencia no tiene cuerpo ni forma, pero sí, las obras que produce. Cuando ves un

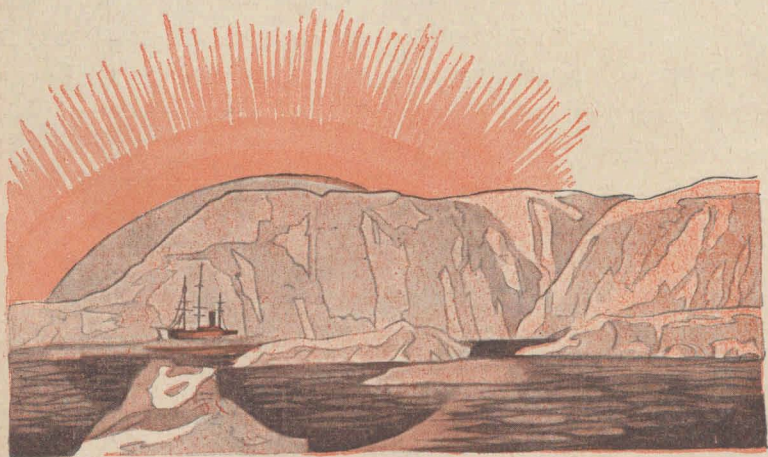
gran edificio piensas en el hombre que hizo los planos, que lo ideó ¿no es verdad?

— Así es, papá.

— ¿Comprendes ahora porqué, al referirme a ese espacio inconmensurable donde se mueven armoniosamente millones de astros, te hablé de una inteligencia invisible?

— Creo comprender qué quieres decirme.

— Ahora te daré un consejo. Admira, hasta saciarte, esas maravillas que nos ofrece, noche a noche, el firmamento, pero no limites tu admiración a ellas. Todo cuanto te rodea debe ser objeto de tu atención. Así aprenderás a descubrir que, aun en las cosas más pequeñas, en las al parecer más insignificantes, se esconde una maravilla. Y estoy seguro que entonces te preguntarás: ¿será esta otra manifestación de aquella inteligencia de que me habló papá?



LA MAS POBRE Y LA MAS RICA

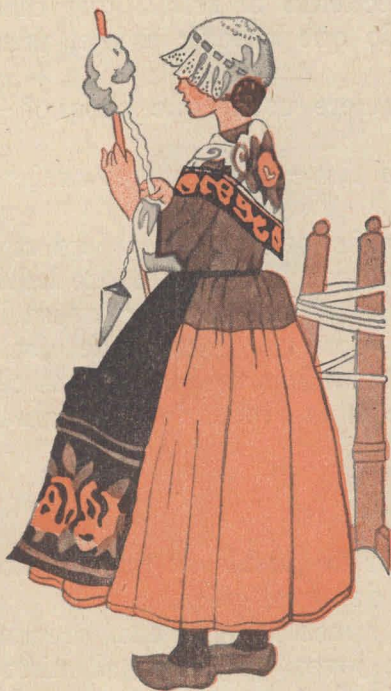
Pues señor, esta era una muchachita muy hermosa y muy buena, que se llamaba Rosa. Cuando era aún pequeña se le murió el padre; pero su madre la crió con mucho

amor, enseñándole a ser mujercita de bien, a hilar y a coser, que era el trabajo con que ella ganaba el pan para las dos.

Al cumplir Rosa los quince años, su madre se puso muy mala, y conociendo que se iba a morir, llamó a su hija y le dijo:

—Querida mía: pronto estarás sola en el mundo. No te quedan muchos bienes, pero los que te dejo son bastantes para que vivas dichosa si haces buen uso de ellos. Te dejo esta casita y una rueca, una lanzadera y unas agujas para que te ganes el pan, como yo lo he ganado, hilando, tejiendo y cosiendo.

Dicho esto la madre bendijo a su hija y expiró.



No la había engañado su madre cuando le dijo que la rueca, la lanzadera y la aguja le bastarían para ganar el pan, pues la gente más rica de su aldea y las inmediatas se disputaban el trabajo de sus manos, y como trabajaba mucho y gastaba poco, hasta tenía dinero para socorrer a los pobres que llamaban a su puerta.

II

El rey de aquel país enfermó. Antes de morir llamó a su hijo:

—Voy a morir — le dijo — pero antes quiero darte un consejo. Al elegir esposa recuerda el refrán que dice: “Antes que te cases, mira lo que haces”; escoje, pues, con tino.

—¿Qué clase de mujer quiere usted que busque? — preguntó el príncipe.

—La más pobre y la más rica — contestó el anciano rey, y expiró.

Pasado algún tiempo, el príncipe, que ahora era rey, se puso a cavilar a ver si daba con lo que su padre había querido decirle, al aconsejarle que buscara por esposa la mujer más pobre y más rica, pero por mucho que caviló no dió con ello. Preguntó a sus ministros, a los hombres sabios de su reino, pero nadie sabía explicarle las palabras de su difunto padre.

III

Entonces el joven decidió ir de pueblo en pueblo para ver de encontrar la solución de aquel enigma.

Recorrió muchas ciudades, pueblos y aldeas, preguntando si allí conocían a una joven que fuese al mismo tiempo la más pobre y la más rica, pero sólo encontraba

quienes le indicaban cual era la más pobre y cual la más rica del lugar.

Llegó así a la aldea donde vivía Rosa e hizo la pregunta de costumbre, y como de costumbre, le indicaron una muchacha rica y otra pobre.

Entonces el rey determinó ver a las dos, empezando por la rica.

Esta había quedado huérfana casi al mismo tiempo que Rosa; pero sus padres, en lugar de dejarle herramientas para que trabajase, le dejaron criados para que la sirviesen.



Sabedora de que el rey la iba a visitar, sólo pensó en ataviarse con sus mejores galas y en llenarse de colorete.

Cuando se presentó el monarca se limitó a sonreír, a hacer monadas, al punto que este se moría de fastidio.

Salió de allí malhumorado, dispuesto a volver a la corte y dejarse de buscar lo que consideraba un imposible, cuando pasó por la casita de Rosa.

—Puesto que estoy a su puerta —se dijo el rey — poco perderé visitando a esta última.

Cuando la niña vió al rey atando su caballo a la reja de su ventana, salió solícita a abrirle la puerta.

Y el joven monarca no pudo menos que mirarla embelesado al observar sus hermosos colores naturales y la gracia y sencillez de su vestido.

Tan absorto estaba al entrar que se enganchó el bolsillo de la casaca en el picaporte de la puerta y se hizo un rasgón.

—Buena la hice — murmuró el rey—

—No se aflija vuestra majestad — dijo la niña — Yo remediaré ese daño.

Tomó su rueca y en pocos segundos hiló una hebra finísima de igual color al de la casaca. Con ella zurció la rasgadura con tanto esmero, que habría sido muy hábil sastre el que la descubriera.

A todo esto el rey echó mano al bolsillo para buscar el pañuelo, pero lo había perdido.

—No se aflija usted, señor — dijo Rosa — En seguida tendrá uno. Y sentándose ante su telar, dale que dale a la lanzadera, pronto hiló un finísimo pañuelo de batista.

Tan a gusto estaba el rey en aquella humilde casita que el tiempo pasaba sin sentir, tanto, que llegó la hora de comer sin que se diera cuenta de ello.

—Confieso a usted — dijo a Rosa — que de buena gana me quedaría a comer en esta casa.

—Sólo puedo ofrecerle a vuestra majestad una modestísima sopa — contestó la niña.

—Acepto la sopa — replicó muy contento el monarca.

IV

—La que usted llamó, tal vez con razón, modesta sopa — dijo el rey al despedirse de Rosa — me ha sabido

mejor que los más costosos platos que preparan mis cocineros en el palacio. — Gracias por todo, una y mil veces, Rosa.

Y partió.

La niña lo vió alejarse al galope tendido de su brioso caballo, y de sus hermosos ojos negros deslizóse una lágrima, mientras se preguntaba toda confusa, ¿por qué lloro ahora?

Pero al día siguiente volvió el rey con numeroso séquito. Había encontrado la mujer más pobre que era a la vez la más rica.

ANTONIO DE TRUEBA



UNA ESCENA INOLVIDABLE

LA PRIMERA BANDERA ARGENTINA

El día 13 de febrero el ejército formó un gran cuadro en la margen del río. Después de pasarlo en revista y anunciarle en una breve arenga el objeto de aquel acto, Belgrano mandó leer en alta voz la circular del gobierno que declaraba la supremacía de la Asamblea General, y disponía que todos le jurasen obediencia. Presentóse el coronel Díaz Vélez, mayor general del ejército, trayendo a son de música, escoltada por una compañía de Granaderos, una bandera azul y blanca. Era la misma bandera que había sido enarbolada en Rosario en 1811, que había sido bendecida en Jujuy en 1812, y que Belgrano había tenido que arriar por orden del gobierno, diciendo que la reservaba para el día de una gran victoria. La victoria había tenido lugar, y otra vez aprovechaba la oportunidad para jurar la Asamblea y la bandera bicolor al mismo tiempo.

El general, desenvainando su espada y señalando la bandera, dirigió al ejército estas palabras:

“Este será el color de la nueva divisa con que marcharán al combate los defensores de la patria”.

En seguida prestó, en presencia de las tropas, el juramento de obediencia a la soberana Asamblea; y tomándolo individualmente a los jefes de cuerpo, interrogó de

nuevo a las tropas... y tres mil voces repitieron al mismo tiempo: "¡Sí, juro!". Entonces, colocando su espada horizontalmente sobre el asta de la bandera, desfilaron todos los soldados, y besaron uno por uno aquella cruz militar,



sellando con su beso el juramento que acababan de prestar.

Concluído el acto, se grabó a escoplo, en el tronco de un árbol gigantesco que se levantaba sobre la margen

del río, esta elocuente inscripción: "Río del Juramento", nombre que desde entonces se dió al río Pasaje, y que después se ha hecho extensivo al Salado.

El general, al dar cuenta al gobierno de este acto solemne, le dice: "Todos se felicitan por considerarse ya revestidos con el carácter de hombres libres, y las más ardientes protestas de morir antes de volver a ser esclavos han sido las expresiones con que han celebrado tan feliz nueva...".

En la misma tarde del día 13, el ejército patriota continuó su marcha. Distaba veintiséis leguas de Salta, y el enemigo no lo había sentido aún.

BARTOLOMÉ MITRE.

Nota. — El ejército de Belgrano prestó este juramento el día 13 de febrero de 1813. Siete días después triunfaba en la batalla de Salta.



SARMIENTO

En una humilde escuelita de San Juan, su provincia natal, se inició como alumno. Hizo rápidos y sorprendentes progresos, pues tenía ansias de saber.



Siempre le gustó leer y escribir. Escribir, sobre todo. La escritura fué para él su mejor arma de combate. Con ella defendió causas grandes y hermosas. Con esa arma invencible derrotó a todos sus adversarios. La ignorancia, la tiranía y la injusticia tuvieron en Sarmiento su enemigo más implacable.

¿Cuál fué la mayor aspiración de su vida? Educar al pueblo de su patria para que éste fuera grande y libre.

Pocos hombres de América pueden compararse con él por su voluntad y por su talento.

La madre de este querido prócer fué quien le enseñó a no retroceder ante los obstáculos. Cuando en sus terribles luchas se sentía vencido, corría a refugiarse en el corazón de aquella buena mujer que le daba nuevos ánimos para continuar el combate.

Domingo Faustino Sarmiento nació en San Juan el 15 de febrero de 1811. Como su familia era muy pobre, tuvo que ganarse el pan desde joven. Fué maestro de escuela, dependiente de comercio y hasta minero.

Las injusticias cometidas por los caudillos que gobernaban nuestro país, lo indignaron. Escribió contra ellos meditados artículos que publicó en los diarios que entonces aparecían. Los caudillos lo persiguieron y lo desterraron. Huyó a Chile donde llegó con las señales, frescas aún, de los grillos que sus muñecas habían soportado.

Desde ese país hermano animó a sus compatriotas con la palabra, con sus escritos y con su ejemplo.

Cuando cayó la tiranía volvió a la Argentina y ocupó elevados puestos públicos. Fué presidente de la República.

Sarmiento es uno de los más grandes hombres de nuestra patria y el más grande de los maestros del pueblo argentino.



EL MAS CELEBRE DE LOS VIAJES

Cuando Colón afirmaba, hace más de cuatro siglos, que la Tierra era redonda, no se equivocaba. Muchas personas ilustradas que vivían en esa época, pensaban de la misma manera que el descubridor de América. Era



necesario, sin embargo, probarlo prácticamente, dando la vuelta alrededor del mundo. Sólo así se convencerían los ignorantes que seguían creyendo que nuestro planeta no podía ser esférico.

Quién primero intentó realizar tal proeza fué Magallanes. Cuando este temerario marino se propuso salir de España y volver a ella, navegando siempre hacia el oeste, ya se habían explorado las costas del Nuevo Mundo hasta el Mar Dulce. Se sabía, también, que estas tierras nuevas formaban un verdadero continente que impedía el paso hacia los fabulosos países de Asia, conocidos con los nombres de Japón, China e India. Para llegar a las costas de esas misteriosas tierras, debía hallarse un paso a través del continente americano.

Magallanes lo descubrió después de incontables y peligrosas aventuras ocurridas en más de un año de navegación.

Salió de España en septiembre del año 1519 y después de tres largos meses llegó al Brasil. Visitó la bahía de Río de Janeiro, una de las más hermosas del mundo; llamó Río de Solís a nuestro amplio Plata y, siempre en busca del ansiado paso, siguió explorando toda la costa de nuestra Patagonia. Aquí la tripulación de las naves, agotada por el esfuerzo, el frío, las enfermedades y los mil sufrimientos soportados, se sublevaron y pidieron a Magallanes que volviera a España. Este dominó la revuelta con férrea mano y el viaje se continuó.

Al finalizar el mes de octubre del año 1820 — hacía más de un año que navegaban — la expedición penetró por un canal largo, agitado constantemente por violentas tempestades y que ofrecía serios obstáculos a la navegación. Un mes anduvieron las naves de Magallanes recorriendo el estrecho que hoy lleva su nombre, maltratadas por las olas de un mar siempre bravo.

En los primeros días de diciembre las naves comenzaron a surcar la inmensidad de un océano que pareció

asombrosamente tranquilo a la mirada de los fatigados tripulantes de la expedición. Pacífico le llamaron, por esta causa.



Por él marcharon hacia las islas Filipinas, donde el inmortal Magallanes encontró la muerte. En un encuentro que tuvieron los españoles con los indígenas recibió varias heridas que terminaron con su existencia.

De las cinco naves, sólo quedaba la "Victoria", con la que Sebastián Elcano llegó a España después de treinta y siete meses de ausencia.

Este viaje probó que la Tierra era redonda.





LA PRUEBA DE LOS CACIQUES

—No son dioses. Hombres son como nosotros. Nos han engañado y nos maltratan. Debemos arrojarlos de esta tierra querida.

Así hablaban los caciques de todas las tribus indias que habitaban el gran valle de Arauco, al sur de Chile.

En aquel agreste rincón de la tierra, adornado con todas las galas de la naturaleza; en aquella comarca que parece, por su magnificencia, lugar de encantamiento, se hallaban reunidos numerosos hombres de arrogante figura y de vigorosos músculos bronceados por el sol. Son los caciques de los araucanos que discuten quien debe ser el jefe del poderoso ejército que arroje al español de su amado suelo.

Se discute acaloradamente, porque los indios gritan cuando hablan en esas reuniones. La confusión es cada vez mayor hasta que la voz del anciano Lemolemo se hace oír:

—¡Cacique defensores de Arauco! — exclama — Oidme. Todos sois fuertes, valientes y animosos. Nadie duda de vuestro coraje; pero es necesario que uno solo sea el jefe. Pongámonos a prueba. Aquél que durante más horas sostenga sobre el hombro un tronco de roble, será el elegido. ¿Estáis conformes?

—¡Aprobado!, tronaron las voces de los caciques.

COMIENZA EL TORNEO

Paycabí fué el primero en cargar en sus valientes hombros el añoso y corpulento tronco. Durante seis horas largas lo sostuvo. Cayocupil, confiado en ser el más sufrido, tan solo cinco pudo sostenerlo, y otras cinco lo tuvo Gualemo sobre su fuerte espalda. Ongol no sintió la fatiga hasta pasadas seis horas de aguantarle y Puren, más vigoroso que ninguno hasta entonces, le llevó a cuestras durante medio día.

Y he aquí que Elicurá lo sostiene nueve horas y Tucapel catorce. Llega, ahora, el turno a Lincoya, cuya fama de fuerte y de valiente ha pasado los límites de Arauco. El héroe se despoja del manto y descubre la amplia espalda, fornida como la de ningún otro; toma, luego, el madero en sus manos, cual si fuera una paja, lo coloca sobre su torso y corre y brinca, viene y va y salta sin descanso, como si no notara el peso que sus hombros sustentan.

Y así, entre el asombro de todos, se pasó de sol a sol un día entero sin que diera muestras de cansancio. Y llegó la noche. Y pasó. Y despuntó la claridad del alba y Lincoya seguía con el madero sobre el hombro. Al promediar el día cayó el grueso tronco al suelo desde la espalda del fornido araucano.

Ya los ancianos se dirigían hacia él para proclamarlo jefe del ejército, cuando se oyó un tumulto de voces. ¿A quién aclaman? ¿Quién llega tan a tiempo para tomar parte en el concurso?

ES CAUPOLICÁN



Alto, ligero, diestro y sagaz; tardo en el hablar, pero hábil y rápido en el hacer, era Caupolicán el héroe predilecto de los indios.

El fallo se demora para que él pueda intervenir en la prueba.

Tomó en sus manos el grueso tronco nudoso cual si fuera un débil junco.

Al ver sus músculos potentes, todos enmudecieron de asombro y Lincoya palideció.

El roble bailaba en sus manos. Era como un insignificante juguete. El sol se puso tras los montes envueltos en la sombra, y llegó la noche, y la luna y las estrellas se asomaron para ver cómo Caupolicán iba de un lado a otro corriendo, sal-

tando y danzando sin demostrar el mínimo cansancio. Volvió a salir el sol y pasó otro largo día. Llegó la

noche y Caupolicán no soltaba su carga. La fatiga, el sueño, el hambre y la sed no podían con aquel hombre de hierro. Después de cuatro días de prueba, Caupolicán dió un formidable salto y arrojó el pesado madero a larga distancia.

Todos los caciques lo proclamaron jefe y juraron obedecerle ciegamente.



LOS HIJOS Y LOS PADRES

Ni arrastrada un pastor llevar podía
a una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto a la madre no quería.

— ¡Necio!, al pastor un sabio le decía,
al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.

Tal consejo el pastor creyó sencillo,
cargó la cría y se marchó corriendo
llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra, sin parar, los fué siguiendo,
más siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





PRIMAVERA VUELVE

Otra vez renació Primavera; otra vez comenzó su reinado.

Las mañanas frescas y las tardes tibias, los días serenos y las noches claras, traen a los hombres la sana alegría que les arrebató el pasado invierno.

Una luminosa mañana de septiembre la ven los tranquilos pastores regar, con brillantes gotas de rocío, la cuesta y el valle; la ven los serranos en la serranía; la ven los labriegos ir por las praderas despertando brotes, semillas y flores.

Se acerca a las fuentes, a los manantiales y a los arroyuelos, y bendice sus aguas heladas que cantan, murmuran, arrullan y hablan al suave conjuro de dulces palabras.

Y el aire hasta entonces callado se puebla de miles de notas lanzadas al cielo por aves canoras, inquietas, pintadas con todo el color de los iris divinos.

La tierra se cubre de un manto esmeralda. Los árboles lucen sus primeras galas.

Mezcla Primavera con mágica mano, el rojo y el blanco, el rosa, el celeste, el azul y el lila; pero el verde cubre toda la natura.

— ¡Oh, auroras rosadas del mes de septiembre! ¡Oh, tardes de octubre y noches de noviembre! ¿Qué promesas traen tus alegres días? — preguntó el hombre.

— Yo traigo en mis alas doradas los cálidos rayos de un sol que da vida — contestó Primavera.



¿MAQUINA?

El cuerpo humano ha sido comparado con una máquina muy complicada, pero máquina al fin.

Analicemos el trabajo que realiza una parte de esa llamada máquina, para saber hasta dónde es exacta la comparación. Veámosla trabajar en el acto que llamamos "comer".

Una ligera sensación, que parece venir del estómago, nos advierte que el cuerpo necesita alimento. Sentimos hambre.

Obedeciendo a ese llamado, nos disponemos a comer una manzana que está ahí, al alcance de la mano.

Dos centinelas, siempre alerta, los ojos, la examinan rápida pero detenidamente. Si el examen es satisfactorio, telegrafían al cerebro:

— Parece que está madura y sana.

Otro centinela, que también monta la guardia, envía su informe:

— Despide un aroma agradable; debe estar a punto.

— Se puede comer; los dedos aseguran que está blanda, en completa madurez — transmite el tacto.

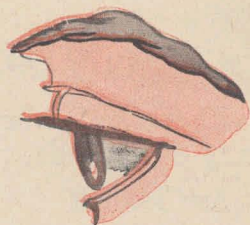


Con esos informes, el cerebro ordena a la mano: ¡adelante!

Avanza ésta hacia la boca, que se abre, y los dientes cortan un bocado.

La lengua, que estaba en acecho, toca el trozo de manzana.

— Es dulce, es rica — dice — Así lo asegura el gusto. — Y sin esperar más empuja aquel bocado hacia las muelas.

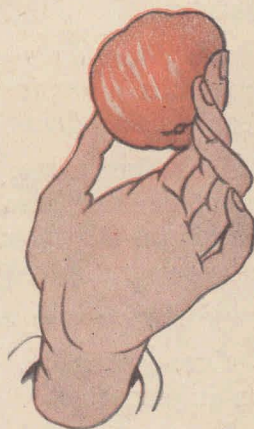


La trituradora empieza a trabajar, a moler el pedazo de manzana.

La lengua no descansa. Lo mueve de un lado a otro para que se impregne del líquido que segregan las glándulas salivares, mediante el cual se opera en la boca el primer proceso de la digestión, llamado digestión bucal.

Aquel trozo de manzana es ahora una pasta blanduzca, uniforme. Cuando la lengua juzga que ya está formado el bolo alimenticio, lo empuja suavemente hacia atrás, camino del esófago, de donde pasa al estómago.

Este es, brevemente descripto, el proceso de la tarea que realizamos cada día al comer.



¿Ha sido una simple máquina la que trabajó? ¿No os parece que hay algo maravilloso en ese proceso?

GUARDIANES DE NUESTRA SALUD

El hombre entró al almacén y pidió un vaso de licor.
— El líquido tiene un hermoso color — informan los
ojos.



— Tiene un olor muy agradable — dice el olfato.
La mano de aquel hombre, impaciente, aproxima el
vaso a los labios.

— Tiene buen sabor — anuncia el gusto — pero contiene alcohol. ¡Cuidado!

— Quema — protestan las mucosas de la boca — ¡Fuera con ella! Es una bebida dañina.

— No bebas — dice suavemente la inteligencia a aquel hombre — No bebas. Es alcohol disfrazado. Engañó a tu vista, porque lo presentan bajo una forma atractiva; engañó a tu olfato porque lo han aromatizado, pero no ha logrado engañar a otros centinelas de tu cuerpo. Ellos te dan la voz de alarma porque velan por tu salud.

El hombre no escucha e ingiere el veneno.

— ¡Uf! Cómo arde — protesta la garganta — ¿Qué dirán las delicadas paredes del estómago?

A poco aumentan los latidos de su corazón. El noble órgano apresura la marcha bajo el poderoso estímulo. Su ritmo, antes acompasado, se asemeja ahora a un galope desenfrenado, y los pulmones, que trabajan a la par que él, lo acompañan en ese correr anormal.

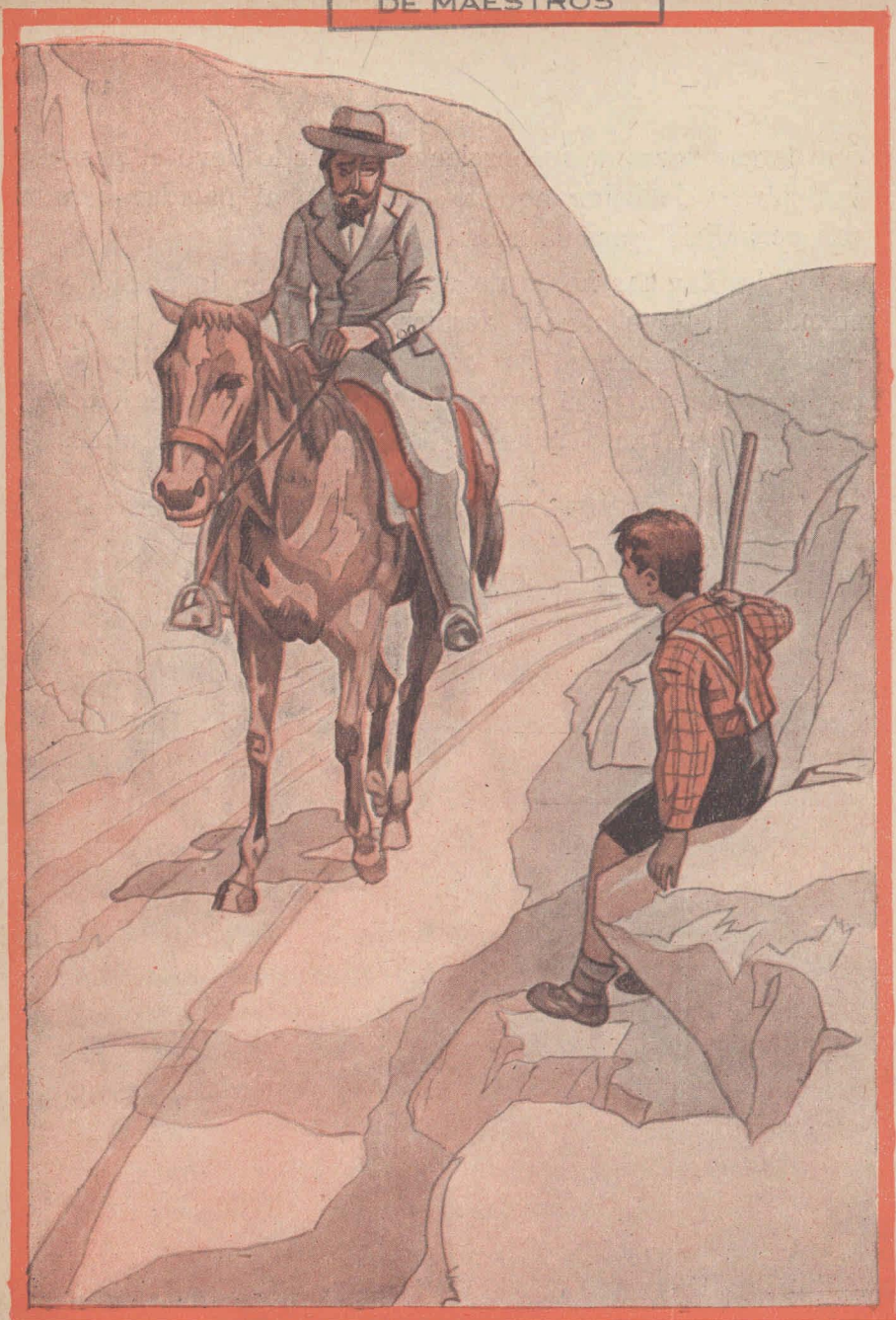
— ¿Has visto? — quiere protestar la inteligencia. Pero también ella sufre los efectos del tóxico. Se oscurece, y entonces aquel hombre, falto de ese freno, se transforma. Hace muecas y ríe sin motivo. Luego, con la cara congestionada, se levanta. Sus piernas están inseguras; camina en zig-zag. De hombre sólo conserva el aspecto. Su inteligencia, signo de superioridad y hermosa facultad que lo distingue de las bestias, ha callado.

Ya en su casa, el hombre duerme con sueño pesado.

Son largas horas de inconsciencia, a que lo llevó el pasajero placer de beber aquello tan grato al paladar pero tan perjudicial para su salud.

Así desfilan las horas de esa tarde y de la noche, y cuando al día siguiente despierta, se apercibe que su cuerpo está cansado, su boca amarga, su inteligencia torpe y que ya pasó aquel día de descanso que había esperado con tanto anhelo, día que no volverá nunca más.





Allí, al borde del camino, vió a un muchacho de aquellas regiones.

ACHAI

I

Regresaba Don Mariano Zapata de un paseo, cuando vió a un niño sentado al borde del camino.

Era un muchacho de aquellas regiones, delgado, de tez oscura y grandes ojos negros que miraban muy hondo.

Había en la actitud del jovenzuelo algo que llamó la atención de Don Mariano. Detuvo su cabalgadura y preguntóle solícito: — ¿Qué haces por aquí, muchacho? ¿A dónde te diriges?

— Descansando un poco, señor, para luego seguir viaje. Voy a la ciudad de San Juan.

— ¿Y qué te lleva a San Juan? ¿Tienes parientes que te esperan?

— Nadie me espera, señor. Estoy solo en el mundo. Mi padre murió hace dos meses. Voy a la ciudad para que me enseñen a leer y escribir.

Las contestaciones de aquel niño, claras y precisas, impresionaron favorablemente al bueno de Don Mariano.

— ¿Quieres venirte conmigo? — le dijo — Tendrás casa y comida e irás a la escuela. Yo velaré por tí.

Fué así como Laurentino Flores, a quien se conocía por el sobrenombre de Achaí, pasó a ser huésped de la familia Zapata.

Desde el primer día mostró en la escuela un marcado interés por el estudio. Fué el primer alumno de la clase, el más juicioso, el más cumplidor, el más tenaz para resolver airoosamente las dificultades que presentaba el estudio.

Cuando egresó de la escuela primaria pasó al Colegio Nacional.

Don Mariano Zapata se había encariñado con Achaí, quien pagaba ese cariño y los beneficios que recibía con una devoción absoluta. Para él, su patrón — así lo llamaba — era su padre, su hermano, su amigo. Cuando le veía, aquellos, sus ojos negros, brillaban de contento y una suave sonrisa iluminaba su cara de muchacho bueno.

En cierta ocasión tuvo el señor Zapata que emprender un viaje a La Rioja. Achaí solicitó permiso para acompañarlo.

— ¿Y tus estudios, Achaí?

— No se preocupe por ellos, patrón. Al regreso recuperaré el tiempo perdido.

— No, muchacho. Ya me arreglaré sólo. En estos tiempos se viaja con comodidad y sin peligro.

— Vea, patrón; yo conozco los cerros. A veces hay que temerles, sobre todo en invierno. Deje usted que lo acompañe. Tal vez pueda serle útil.

Cuatro días después, Achaí abandonaba la ciudad de San Juan en compañía de Don Mariano Zapata.

II

El viaje aquel resultaba más largo de lo que había supuesto Don Mariano. Ahora recorrían parajes poco fre-

cuentados, cruzando valles y quebradas donde no existían caminos. A falta de ellos, el claro instinto de Achaí, encontraba siempre la mejor senda.

Llevaban dos días de camino, cuando los sorprendió una tormenta de nieve.

Las mulas en que cabalgaban movían intranquilas las orejas y Achaí miraba de soslayo a su patrón. Tanto las bestias como el muchacho presentían el peligro que se acercaba.

Arreció el viento y la nieve cayó más nutrida. El frío era intensísimo y atería los miembros, a pesar de los pesados ponchos que protegían a los jinetes.

— Patrón — dijo Achaí — vamos a refugiarnos en alguna grieta de las que suele haber en los cerros. Llega la noche y la tormenta no va a ceder. Venga por aquí, patrón; sígame.

No tardó el muchacho en descubrir una hendidura, donde encontraron cómodo refugio.

El despertar, al día siguiente, les deparó una desagradable sorpresa: las mulas habían huído.

La tormenta continuaba con redoblada violencia. Los cerros estaban cubiertos con una espesa capa de nieve y el frío era inaguantable.

— ¿Crees, Achaí, que la tormenta durará mucho? — interrogó Don Mariano.

— Si, patrón. Hay para rato.

— ¿Sabes que no tenemos provisiones?

— Las mulas se han llevado lo que traíamos. Esos animales caminan muy ligero y sabe Dios dónde estarán ahora.

Avanzaba la tarde. Don Mariano se sentía enfermo. La falta de alimento y el frío habíanlo agobiado.

— Patrón — dijo Achaí — voy en busca de socorro. No podemos seguir así.

— ¿Qué piensas hacer? ¿A dónde te dirigirás?

— No lo sé, patrón, pero déjeme usted hacer. Achaí conoce los cerros.

Salió de la hendidura. La nieve, impelida por el viento, azotó su cara. Levantó la cabeza, como husmeando en el espacio. Volvía a ser el muchacho serrano que recogiera algunos años atrás Don Mariano.

Dió algunos pasos, indeciso, y se detuvo, desorientado. Husmeó nuevamente en todas direcciones; sus grandes ojos dilatados miraron hacia uno y otro lado, buscando algún indicio en aquel desierto de nieve.

De pronto se yergue, chispean sus ojos y con la mandíbula fuertemente apretada, marcha... Nada ve, pero su instinto serrano, aguzado por la desesperación, lo guía. Ya no titubea sobre la senda que ha de seguir. Camina en línea recta, sin desviarse, como si viese allá, a la distancia, un faro acogedor.

Va llegando la noche. Achaí camina desde hace tres horas. A veces lo hace con la nieve hasta las rodillas. Por momentos parece que las fuerzas fuesen a abandonarlo. Piensa entonces en su patrón, tendido allá, en la hendidura del cerro, y sigue... sigue incansable.

Seis horas de marcha. Achaí se arrastra. Cae, a veces, extenuado, y queda allí tendido, con un ansia loca de no moverse, de descansar. Pero sabe que esa será la muerte segura para él y para su patrón. A esta sola idea, se levanta y sigue...



—¡Dios mío — invoca Achaí — Dame fuerzas para seguir! ¡Hazlo por él, por mi patrón, que es tan bueno!

Los arrieros se preparaban para acostarse, cuando sonó un débil golpe en la puerta del humilde refugio.

¿Quién llamaba a esas horas?

Abrieron.

Allí, junto a esa puerta, yacía un muchacho desvanecido. Era Achaí. Era Achaí que había llegado.

Laurentino Flores es hoy ingeniero. Para Don Mariano Zapata sigue siendo Achaí.

—¿Te acuerdas, Achaí? Cuando llegaste con los arrieros y sus mulas yo estaba luchando entre la vida y la muerte. Por un lado el hambre y por el otro el frío... Sin tí, yo habría perecido...

—En esa ocasión yo sólo fuí el instrumento de que se valió Dios para premiar su bondad — contestó Achaí — El guió mis pasos y fué él quien me dió fuerzas para llegar.



¿A QUIEN CONTENTAR?

Nicolás se dirige al pueblo en compañía de su hijo. Va a vender la mula.



— Suba usted, papá — dice el muchacho — Ya sabe que a mí me gusta caminar.

Montó el padre e iba muy tranquilo sobre la mansa bestia cuando, al cruzar la casa de los Rodríguez, oyó la voz de la dueña de casa que desde la ventana le decía:

—Tenga compasión de su hijo, Anselmo. ¿No ve que el niño apenas puede con sus piernas? Usted es un hombre hecho y derecho; en cambio él...

Apeóse Nicolás y, quieras que no, hizo subir a su hijo sobre la tranquila cabalgadura.

Un poco más allá se cruzaron con dos desconocidos, uno de los cuales dijo al otro:

—¿Has visto desvergüenza igual? El grandullón del muchacho a caballo y el pobre viejo a pie.

No bien se alejaron los dos entrometidos, bajó el chico de la mula sin decir palabra y siguió a pie al lado de su padre.

Al pasar frente al almacén “El Ñandubay”, su dueño, que estaba a la puerta, díjoles:



— ¿A pie, teniendo tan excelente cabalgadura? ¿Es que ya no saben montar?

Cuando perdieron de vista el almacén, por mutuo acuerdo, padre e hijo subieron sobre la mula.

Iban saboreando el placer de viaje tan descansado, cuando se les cruzó en el camino una vieja. Puestos los brazos en jarra y mostrando gran indignación, vociferó:

— ¡Cómo! ¡Dos hombres sobre una escuálida mula!

Detuvo el muchacho la cabalgadura y expresó:

— ¿Qué opina usted, papá? ¿Qué hemos de hacer? Veo que para complacer a todos, lo único que nos falta ensayar es hacer el resto del camino con la mula a cuestas.

— No hagamos caso, hijo — contestó Nicolás — Dejémoslos decir y sigamos así, porque está visto que en este mundo, lo mejor es hacer oídos sordos cuando hablan los majaderos.

Adaptación.



LA CALLE

Te observaba esta tarde desde la ventana, cuando volías de casa de tu maestro. Tropezaste con una pobre



mujer. Pon más atención cuando andas por la calle. También hay en ella deberes que cumplir. Si cuidas tus pasos

y gestos en la casa, ¿porqué no has de hacer lo mismo en la calle, que es la casa de todos?

Acuérdate, Enrique: siempre que encuentres a un anciano, a un pobre, a una mujer con un niño en brazos, a un impedido que anda con muletas, a un hombre encorvado bajo el peso de su carga, a una familia vestida de luto, cédeles el paso con respeto, porque es nuestro deber respetar la vejez, la miseria, el amor maternal, la enfermedad, la fatiga, la muerte.

Cuando veas a una persona a la cual se le viene encima un vehículo, aléjalo del peligro si es un niño; adviértele si es un hombre. Si dos niños riñen, sepáralos; si son dos hombres, aléjate de ellos, para no asistir al espectáculo de esa violencia brutal que ofende y endurece el corazón. Y cuando veas a un hombre maniatado que pasa entre agentes de policía, no añadas tu curiosidad a la de la multitud, que suele ser cruel: aquel hombre puede ser un inocente.

Mira con reverencia a los niños de los establecimientos benéficos; a los ciegos, a los mudos, a los niños abandonados. Finge siempre no ver a quien tenga una deformidad cualquiera.

Responde siempre con palabra cortés al que te pregunte por una calle. No mires a nadie riendo; no corras sin necesidad y no grites. Respeta la calle. La educación de un pueblo se juzga, ante todo, por su comportamiento en la vía pública. Donde falta educación en la calle, falta también dentro de las casas.

Estudia las calles, estudia la ciudad donde vives, que si mañana no te encontrases en ella, te alegrará tenerla presente en la memoria y poder recorrerla con

el pensamiento, porque tu ciudad o tu pueblo es tu pequeña patria, la que por tantos años ha constituido tu mundo, donde has dado los primeros pasos al lado de tu madre, donde has sentido las primeras emociones, abierto tu mente a las primeras ideas y encontrado los primeros amigos.

Ella ha sido una madre para tí, te ha instruído, deleitado y protegido. Estúdiala en sus calles y en sus habitantes; ámala, y cuando oigas que la injurian, defiéndela. Es tu deber.

EDMUNDO DE AMICIS.



LA MADRE

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: "Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias". ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

Veis dos niños jugar a la puerta de una casa. Los dos tropiezan a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su

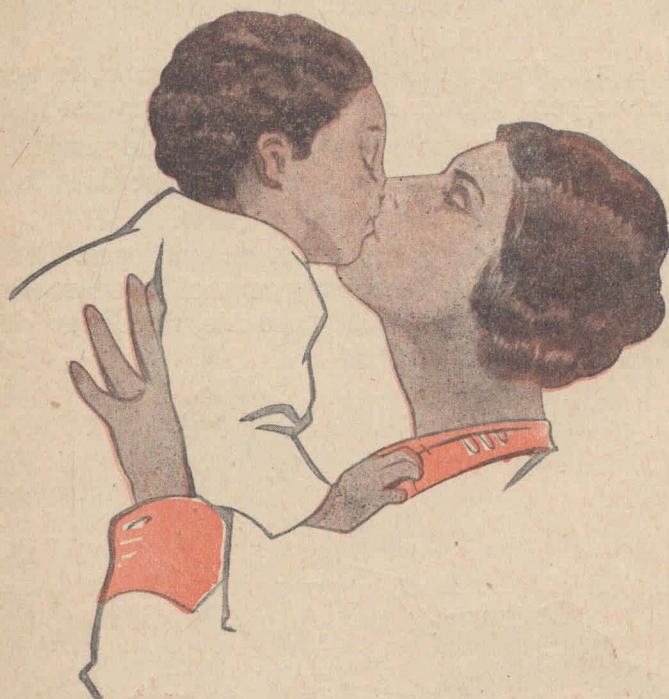


cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que limpia su vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas. Ese tiene madre.

El otro espera en vano. Se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su traje y va a

confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos.
Ese no tiene madre.

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren
de ángeles la tierra.



Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una
chispa de inteligencia, de la misma manera ha puesto en
el corazón de las madres un relámpago de su amor.

¿Qué es una madre?

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja, ni un momento, de querer.

JOSÉ SELGAS.
(Adaptación).

¿QUE LE DEBEMOS?

Amigo Juan: te quejas con frecuencia de tu suerte, y hay en esas quejas un mudo reproche para la sociedad en que vivimos. Dime: ¿has meditado serenamente en lo que debes a esa sociedad que te recibió en su seno desde que naciste?

Escucha. Cuando te levantaste hoy, tu cuerpo estaba descansado. Dormiste bajo un techo protector, en colchón bien mullido, abrigado por sábanas y frazadas prolijamente hechas. ¿Edificastes tú esa casa o fabricaste aquellas prendas de abrigo? El traje que te pusiste luego, ¿fué confeccionado con tela que tejieron tus manos? La yerba con que preparaste el mate que te sirvió de desayuno ¿fué plantada por tí en el lejano territorio de Misiones? ¿Y las herramientas con que realizas tu labor diaria?

La madera con que fabricas mesas, roperos y sillas ¿la cortaste tú, allá en el Chaco o Formosa donde crecen los árboles frondosos?

¿Y qué decir de lo que sirve para preparar tu sustento de cada día: pan, carne, legumbres y frutas?

El mes pasado enfermó tu hijita. Vino un médico. Fué su ciencia y los medicamentos que otros prepararon, los que le devolvieron la salud.

Cuando aquel pícaro se apoderó de lo tuyo, la justicia, velando por tu tranquilidad y tus bienes, hizo que se te devolviese lo que te pertenecía y castigó, de paso, al mal hombre.

Como ves, en cada uno de los momentos de tu vida recibes algún beneficio de esa sociedad a la que juzgas tan a la ligera. Todo lo que eres, todo lo que tienes, se lo debes a ella.

Piensa, pues, en esos beneficios, y en vez de entregarte a reflexiones amargas, haz lo que hacen aquellos que quieren triunfar: esfuérzate cada día para superar tu labor anterior.

—Hoy lo haré mejor — debes decirte cada mañana, al iniciar tus tareas. — Hoy me superaré.

Ya verás lo que puede la voluntad de llegar al triunfo, al éxito.

Y cuando lo hayas logrado, que lo has de lograr, pues eres un ser inteligente, comprenderás que la sociedad en que vives no es injusta contigo y que te permite recoger todo aquello que sembraste.



NIÑOS POBRES Y POBRES NIÑOS

Hay niños pobres
Y hay pobres niños
Que no se miden
Por sus aliños,
Ricos o pobres
Lo mismo da,
Que hay una regla
De la pobreza
Y hay una norma
De la riqueza
Que el trajecito
No puede dar.

¿Ves aquel niño?
Pobre mendigo
Pide limosna,
Pide un abrigo,
Es niño pobre
No hay que dudar.
¿Ves aquel otro
Que va fumando,
Que al transeúnte
Va molestando
Con un descaro
Que da piedad?

Va bien vestido,
Muy elegante,
Lleva varita
Y calza guante.
Nada le importa
Lo que dirán;
Pues ese chico
Tan bien puestito
Tan desenvuelto
Tan... hombrecito,
Es pobre niño
No dudes ya.

¿Quieres la norma
De la riqueza?
¿Quieres la regla
De la pobreza?
Pues de un vistazo
Verla podrás:
Es niño pobre
Quien nada tiene;
Y es pobre niño
Quien sólo tiene
Malas costumbres.

Piensa, y... verás.

A. CALCAGNO.

SAN MARTIN

El 9 de marzo de 1812 llegaba al puerto de Buenos Aires la fragata inglesa Jorge Canning. En ella volvía de



Europa el más grande de los criollos del Nuevo Mundo.
Después de veintiséis años de ausencia, regresaba a su

país para ofrecer su espada a la revolución sudamericana. Muy necesarios eran sus servicios, pues en esos momentos escaseaban los militares de escuela en los ejércitos de la patria.

SU RETRATO

Su figura varonil y la severidad de su rostro le daban un aspecto naturalmente marcial.

Era alto, robusto y bien proporcionado. Llevaba siempre erguida la cabeza, poblada por una cabellera corta, espesa y renegrida. Sus grandes ojos negros, sombreados por largas pestañas y por anchas cejas, miraban hondamente. Parece que los que le conocieron, jamás olvidaron la expresión de su mirada. Su nariz, un tanto larga y aguileña, estaba bien perfilada. Su boca pequeña, de labios carnosos y bien cortados, dibujaba, de tanto en tanto, una sonrisa simpática. Su voz ronca aumentaba la seriedad de su rostro.

LOS GRANADEROS

A los ocho días de su llegada, el gobierno le encomendó la organización de un cuerpo de caballería.

Tomó esta tarea con tanto empeño que, al cabo de poco tiempo, el primer escuadrón del que después fué el glorioso regimiento de Granaderos a Caballo, estaba completamente disciplinado.

Nadie podía pensar, entonces, que de este cuerpo, formado por los jóvenes más capaces de Buenos Aires y de las provincias, saldrían más de veinte generales y más de doscientos jefes y oficiales. Nadie podía pensar, enton-

ces, que sus soldados derramarían su sangre en las más brillantes batallas dadas por la libertad de tres pueblos.

CAMPAÑAS DE SAN MARTÍN

El 3 de febrero de 1813 los Granaderos se cubren de gloria en San Lorenzo, sobre las barrancas del Paraná. Este combate fué el bautismo de fuego del cuerpo creado por San Martín.

Poco tiempo después el gobierno designa al vencedor de San Lorenzo para que se haga cargo del ejército del Norte. Este ejército, que había triunfado en Tucumán y Salta, volvía del Alto Perú (Bolivia) derrotado en Vilcapugio y Ayohuma. San Martín lo disciplinó y le infundió nuevo valor y confianza.

El nuevo jefe halló entre los gauchos de Salta el hombre que necesitaba en ese momento. San Martín habló con Güemes y planearon, entre ambos, una guerra de guerrillas tan terrible para los españoles como beneficiosa para los patriotas.

Sólo un año estuvo al frente del ejército del Norte, pues su salud lo obligó a retirarse a Córdoba para descansar.

En 1814 el gobierno de Buenos Aires lo designa intendente de Cuyo. Provincias de Cuyo se llamaban entonces a San Luis, San Juan y Mendoza. Fué allí donde San Martín organizó el ejército que debía dar la libertad a Chile y a Perú.

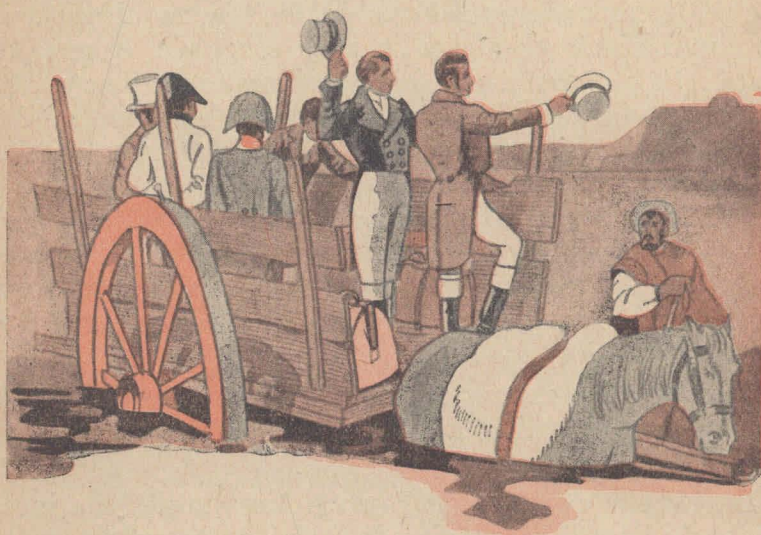
Durante tres largos años disciplinó hombres, fabricó armas, reunió animales y víveres y planeó su inolvidable campaña.

Cruzó los Andes por Uspallata y los Patos, derrotó a

los españoles en Chacabuco, lloró en la angustiosa noche de Cancha Rayada y volvió a sonreír cuando triunfó en Maipo.

Cuando aseguró la libertad de Chile, creó una escuadra y llevó sus ejércitos al Perú. Entró victorioso en Lima y después de derrotar a los enemigos de la patria en sus últimos baluartes, dió por terminada su misión y se retiró.

Murió en Francia. Sus cenizas descansan hoy en la catedral de Buenos Aires.



EL PASO DE LOS ANDES

¡Ya están sobre las crestas de granito
Fundidas por el rayo!

¡Ya tienen, frente a frente, al infinito:
Arriba, el cielo de esplendor cubierto,
Abajo, en las salvajes hondonadas,
La soledad severa del desierto;
Y en el negro tapiz de la llanura,
Como escudos de plata abandonados,
Los lagos y los ríos que festonan
De la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
¡Ya relincha el caballo de pelea,
Y flota al viento el pabellón altivo,
Hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡Qué hermosa, qué espléndida, qué grande
Es la patria, mirada
Desde el soberbio pedestal del Ande!
¡El desierto sin límite doquiera,
Océanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules a lo lejos,
Las florestas del trópico distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta, argentina cordillera,
Como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia
De pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas;
Y con la fe del que a la lucha lleva
La palabra infalible del destino,
¡Se lanzó por las ásperas gargantas
Y le siguió, rugiendo, el torbellino!

OLEGARIO V. ANDRADE.
Del "Canto a San Martín".



EL RASTREADOR

Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se



cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir

las huellas de un animal y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Esta es una ciencia casera y popular.

Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. "Aquí va, dijo luego, una mulita mora muy buena... Esta es la tropa de don N. Zapata... Es de muy buena silla... Va ensillada... Ha pasado ayer...".

Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa, en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto, que parece increíble, es con todo la ciencia vulgar; éste era un peón de arria y no un rastreador de profesión.

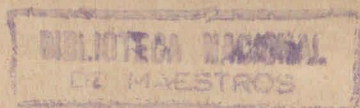
El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos los tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede faltarle.

Un robo se ha ejecutado durante la noche. No bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón y, entonces, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos

vieran de relieve esa pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa y, señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "Este es!" El delito está probado y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala.

D. F. SARMIENTO.





INDICE

	Pág.
Amigo lector	1
Cómo decayó el prestigio del jaguar.....	7
Cómo decayó el prestigio del jaguar (Continuación).....	10
Y sin embargo.....	15
La luz extraña.....	17
Fuerza	19
Paisaje.....	21
Iboti	23
La espiga	28
Ama tu trabajo.....	30
La gran morada	33
El mar	35
Mirando hacia lo alto	38
Gulliver en el país de los pigmeos	40
Lluvia de hojas.....	43
Paisaje otoñal.....	44
El valor de las horas	45
El señor hoy y el señor mañana	47
Carapachay	49
El espejo	51
Descripción.....	54
Animales temibles.....	56
El león	58
Los elefantes son muy prudentes	60
Los árboles.....	63
Semilla	65
El distraído	66
Habla un trozo de hulla.....	69
Extasis	71
Mi amigo Anselmo.....	72
El congreso de las moscas	75
Guerra sin fin	78
El ratón	80
Todo por tí	82
Plegaria del alba	84
Nobleza incita a nobleza	86
Exploradores	90

	Pág.
Los que saben ver	92
Explorando y descubriendo	95
El agricultor	98
La Tierra	101
El racimo de uva	104
El manantial	107
Símbolos	109
El suelo natal	113
El hogar de todos	115
No mientas nunca	118
Invierno	121
Aves marinas	123
La infancia	125
La felicidad	127
El pobre y la fortuna	129
El firmamento	133
La más pobre y la más rica	135
Una escena inolvidable	140
Sarmiento	143
El más célebre de los viajes	145
La prueba de los caciques	149
Los hijos y los padres	153
Primavera vuelve	155
¿Máquina?	157
Guardianes de nuestra salud	159
Achaí	163
¿A quién contentar?	169
La calle	172
La madre	175
¿Qué le debemos?	177
Niños pobres y pobres niños	179
San Martín	181
El paso de los Andes	185
El rastreador	187

